

# ERUDICIÓN HISTÓRICA Y PENSAMIENTO HISTÓRICO: UNA LECCIÓN INAUGURAL IMPARTIDA EN CAMBRIDGE EL 16 DE MAYO DE 1944

George N. Clark<sup>1</sup>

Traducción y edición de Miguel Ritchie<sup>2</sup> y Julio A. Pardos<sup>3</sup>

Recibido: 10/10/2024 · Aceptado: 11/10/2024

DOI: <https://doi.org/10.5944/etfv.37.2024.42829>

## ‘INAUGURATIO’, Y ‘LECTURE’ NOTA PRELIMINAR

Hay lecciones, y lecciones. Hay autoridades, y autoridades. A veces, unas y otras se combinan. A veces, el resultado es digno de nota. Y a veces, todo ello termina pasando desapercibido. Las páginas que siguen recuperan un ejercicio de autoridad, en sede académica: esta vez, Cambridge y mayo de 1944. Se hace, esta recuperación, para el lector español con algún interés por la Historia a la altura de 2024. Los exactamente ochenta años transcurridos entre una y otra fecha no han pasado en vano. Entonces, los soldados que se agolpaban en los muelles británicos, dispuestos a desandar el camino que emprendiera en 1066 Guillermo, señor de Normandía, bromeaban acerca de la hipótesis de un hundimiento de la isla si seguía amontonando en su seno más material de guerra, más gente armada. Ahora, no es ese Canal, pero sí su espejo mayor, el Mediterráneo, el que pudiera contemplar un derrumbe, y hundimiento, epocales. La cuestión es la Historia, asunto y disciplina, alquimia de erudición y pensamiento esta última. Sobre ello, asunto y disciplina, erudición y pensamiento, impartió el 16 de mayo de 1944, en Cambridge, G. N. Clark una lección inaugural con ocasión de su nombramiento, en 1943, como *Regius Professor* de Historia Moderna en la Universidad de Cambridge.



George Norman Clark<sup>4</sup> nace el 27 de febrero de 1890 en Halifax, Yorkshire, en el seno de una familia acomodada. Su padre, James Walker Clark (1858-1936),

---

1. La publicación de esta traducción anotada es posible gracias a la cortesía de Cambridge University Press.

2. Escuela Internacional de Doctorado UNED; [mr Ritchie1@alumno.uned.es](mailto:mr Ritchie1@alumno.uned.es)

3. Universidad Autónoma de Madrid; [julio.pardos@uam.es](mailto:julio.pardos@uam.es)

4. Nos servimos, principalmente, de Parker, Geoffrey, «George Norman Clark, 1890-1979», *Proceedings of the British Academy*, 66 (1981): 406-425. Otras necrológicas, más sucintas, ayudan: Howell, Roger, Jr., «Sir George Norman Clark», *The American Historical Review*, 85/4 (1980): 1050-1051, y, especialmente, Hay, Denys, «Sir George Clark (1890-1979)», *The English Historical Review*, 95/374 (1980): 1-2. Se puede recurrir, con igual provecho, a Whiteman,

Comendador de la Orden del Imperio Británico, es un exitoso empresario con influencia en la sociedad local. La inclinación intelectual le viene a George Clark de familia: su hermano mayor, James, obtiene un doctorado por la Universidad de Heidelberg y accede, después, a una cátedra de alemán en Glasgow, mientras que su tía contrae nupcias en 1905 con un reputado filólogo neerlandés, A. J. Barnouw (1877-1968). Tras recibir rudimentos educativos en su Halifax natal, George Clark estudia, de los trece a los dieciséis años, en Bootham School, un colegio cuáquero ubicado en la ciudad de York que también habrá de formar a otros dos renombrados historiadores ingleses, más jóvenes: A. J. P. Taylor (1906-1990) y Geoffrey Barraclough (1908-1984). A continuación, con el fin de aumentar sus posibilidades de obtener una beca competitiva para matricularse en Oxford o Cambridge, Clark marcha a Mánchester, donde cursa estudios preuniversitarios en el Manchester Grammar School, de reconocido prestigio, y entra, con base en su buen desempeño escolar, en contacto con un entonces joven profesor de la Universidad de aquella ciudad, el medievalista F. M. Powicke (1879-1963).

En 1908, Clark consigue una beca para estudiar en Balliol College, Oxford, donde se gradúa con aprovechamiento sobresaliente en *literae humaniores*, en 1911, y, un año después, en historia moderna. En Oxford, Clark convive con el líder del grupo de socialistas fabianos de la Universidad, G. D. H. Cole (1889-1959), quien, a la postre, se convertirá en uno de los más destacados exponentes del paradigma politológico del Estado pluralista, teorizando un socialismo de tipo gremial-corporativo. Convive, asimismo, con Trev Huxley, hermano de Aldous (1894-1963), a quien Clark tutoriza durante su periodo de temporal ceguera, entre 1911 y 1912, y Julian (1887-1975). Tras la superación del más que exigente proceso selectivo tradicional, Clark es nombrado *Fellow* de All Souls College, Oxford, en 1912. Encuentra en C. H. Firth (1857-1936), historiador del siglo XVII, especialista en Cromwell y *Regius Professor* de Historia Moderna en la Universidad entre 1904 y 1925, un mentor y supervisor. Es Firth quien sugiere a Clark, que entonces buscaba un tema de investigación, centrar su atención en la historia de las relaciones anglo-holandesas en el último tercio del Seiscientos. Entre 1913 y 1914, Clark viaja por los Países Bajos, Alemania, Suiza e Italia, y amplía su conocimiento de lenguas: holandés, alemán, francés, italiano.

Tras el estallido de la Primera Guerra Mundial, sirve con distinción en el primer batallón de los Post Office Rifles, siendo herido en dos ocasiones. Con rango de capitán, es hecho prisionero de guerra en el transcurso de la batalla de la cresta de Vimy (9-12 de abril de 1917). Pasa dos años en el cautiverio, en los campos de prisioneros de Gütersloh y Krefeld. Allí, lee libros de historia, perfecciona su nivel en lenguas extranjeras, imparte clases a sus compañeros y compone una pieza dramática. En abril de 1918, se le permite trasladarse a La Haya, donde vive con la familia Barnouw y se zambulle, y procesa, la documentación archivística relativa a la guerra naval entablada entre la Inglaterra de Guillermo III y la Francia de Luis XIV en el marco de la guerra de los Nueve Años (1688-1697). A fines de 1918, ha

---

Anne, «Clark, Sir George Norman (1890-1979)», *Oxford Dictionary of National Biography*, September 23, 2004. Oxford University Press.

llevado a cabo, virtualmente, la investigación monográfica que, cuatro años más tarde, se vierte en las páginas de *The Dutch Alliance and the War against French Trade, 1688-1697* (1923), tesis doctoral *de facto* e historia política de la política económica en tiempo de guerra integrada por artículos que venían apareciendo en revistas especializadas desde 1920. Se trata de un anclaje crucial, el marcado por las fechas de 1688/89-1697, que ya no se abandonará, cuyas irradiaciones se capitalizarán, hacia delante y hacia atrás, a lo largo y a lo ancho, más allá de la pareja Inglaterra-Holanda, o el trío si añadimos Francia.

Mientras tanto, de vuelta en Oxford, se le ofrece, en 1919, un puesto de lector en Oriel College, Oxford, donde imparte lecciones de historia europea e inglesa, que son la fundamentación docente de su síntesis interpretativa del siglo XVII, detección tópica de una encrucijada cronológica, *The Seventeenth Century*, publicada en 1929 y reeditada, con un prólogo recrecido, en 1947, así como de la *Oxford History of England* (14 vols., 1934-1965), cuya dirección encomiendan a Clark los Delegados de Oxford University Press en el mismo año, importante año, de 1929. En 1919, también, Reginald Lane Poole (1857-1939) suma a un jovencísimo Clark a la dirección de la venerable *English Historical Review*, función que, en solitario, George desempeña con brillantez entre 1920 y 1926 (y, nuevamente, durante unos pocos meses, en 1938), exhibiendo dotes editoriales que le harán famoso y con las que se gana el respeto y la admiración de sus iguales. El primer libro de Clark, dado a la imprenta en 1920, no tiene, aparentemente, mucho que ver ni con Guillermo III ni con el crecimiento de la nación inglesa. No es verdad. Se trata de *Unifying the World*, parte de una serie fabiana de libros (entre los cuales figura un estudio de G. P. Gooch (1873-1968) sobre el nacionalismo, *Nationalism*, mismo 1920), y análisis de la fibra más sensible legada por el siglo XIX a la encrucijada de la primera posguerra mundial: la comunicación. Toda la apuesta historiográfica clarkiana es un problema de comunicaciones, anglo-holandesas, marítimo-terrestres, insular-continenciales, europeas, *generales*.

Tras una serie de incursiones en historia local inglesa, a mediados de la década de 1920, y a propósito de los aledaños rurales de Oxford (que culminarán, en 1957, en su particular contribución —‘Marston’ y ‘Elsfield’— a la *Victoria County History of England*, monumental proyecto colaborativo iniciado en 1899, todavía en curso), Clark es nombrado, en 1931, *Chichele Professor* de Historia Económica en la Universidad de Oxford. Ejerce Clark la titularidad de la cátedra, asociada a una *Fellowship* en All Souls, durante doce años, entre la impartición de la preceptiva *Inaugural* y 1943, año en que es nombrado *Regius Professor* de Historia Moderna en Cambridge, *the other place*. El periodo intermedio fue prolífico. Clark publica el primer volumen de la *Oxford History of England*, de la que es, recuérdese, director, en 1934, bajo el título de *The Later Stuarts, 1660-1714*. La obra supone una irradiación paradigmática de la inicial investigación en archivos neerlandeses y su prolongación docente en clave inglesa y europea, desde 1919. Se trata de una historia general que lo es, ante todo, de conexiones, de comunicaciones, entre los ingleses y el mundo continental que tan bien conocía ya Clark. Nótese que Clark, en 1932, nada casualmente, venía de ofrecer al público cultivado anglófono una edición crítica de un documento historiográfico de valor incalculable, referente,

precisamente, a conexiones. Se trata de *Observations upon the United Provinces of the Netherlands* (1673), de Sir William Temple (1628-1699), apuntes que se destacan por la limpia identificación del patrón jurídico-político holandés por parte de un inglés atmosféricamente docto en teoría de la constitución histórica, que sabe lo que es ser natural de un país con derecho territorial y entramado institucional propios fuertes, por oposición, pongamos por caso, a la anemia constitucional castellana, de estas mismas fechas. En 1937, Clark publica *Science and Social Welfare in the Age of Newton*, historia política de la ciencia con la que se propone estudiar los mecanismos institucionales, esfuerzo social reglado, a cuyo través técnica y emprendimiento habían colaborado en el mejoramiento de las condiciones de vida de la población inglesa en el último tercio del siglo XVII. En 1938, aparece *Guide to English Commercial Statistics, 1696-1782*, catálogo cuya apabullante erudición e importante valor heurístico no debe oscurecer el hecho de que viene precedido por una historia de la imaginación censal y fiscal en Inglaterra. En paralelo, Clark imparte, desde su cátedra radicada en All Souls, lecciones de historia económica europea que son la base, enésimo entrecruzamiento ejemplar de docencia e investigación, de *The Wealth of England from 1496 to 1760*, libro cerrado en 1945 y publicado en 1946 para *The Home University Library*, iniciativa cultural que él mismo viene codirigiendo desde 1941, junto con Gilbert Murray (1866-1957) y el mentado Sir Julian Huxley: enésimo ejercicio editorial.

En 1943/1944, como ya se ha adelantado, Clark se traslada a Cambridge, a Trinity College, como marca la costumbre, en calidad de *Regius Professor* de Historia Moderna. Permanece en esta sede entre la impartición de su lección inaugural, la lección inaugural que aquí editamos, decantación de *assumptions* que estaban al acecho en la obra propia desde 1919/1920, y 1947, cuando su antiguo *college* oxoniense, Oriel, se ofrece a nombrarlo *Provost*, cargo que Clark ocupará hasta el año de su jubilación anticipada, en 1957. En este corto, pero intenso, periodo cantabrigense, Clark acomete la planificación de la *New Cambridge Modern History* (15 vols., 1957-1979), reactualizando el rol que Lord Acton (1834-1902) desempeñase en 1896, mas conservando la continuidad de la tradición, prueba de lo cual es un artículo publicado en 1945 acerca de los orígenes de la *Cambridge Modern History* (14 vols., 1902-1912). En 1957, con ocasión de la publicación del primer tomo, *The Renaissance, 1493-1520*, Clark escribirá una introducción general en la que, haciéndose cargo de la atmósfera, fortalezas y aporías del proyecto actoniano, continuará hilvanando lo nuevo con lo viejo en una eficaz palingenesia que es, con casi total probabilidad, idiosincrasia nacional. Por lo demás, en los primeros meses de 1944, inmediatamente antes de impartir su lección inaugural, Clark publica un texto para *The Cambridge Historical Journal*, ‘The Barbary Corsairs in the Seventeenth Century’, en el que el curso berberisco, inopinadamente, es llave de acceso a una geopolítica mediterránea de implicaciones globales —antes de que Braudel (1902-1985) se hiciera visible, empobreciendo el asunto. En 1946, además de dar forma publicable, como va dicho, a sus lecciones oxonienses de historia económica, Clark imparte en la Academia Británica, de la que es *Fellow* desde 1936 (que presidirá entre 1954 y 1958), la *Raleigh Lecture* correspondiente a aquel año, 1946, sobre temática inconfundiblemente propia: *The Birth of the Dutch Republic*. Dos años después, Clark expone

ante un auditorio londinense su *Creighton Lecture, The cycle of war and peace in modern history*, a propósito de la lógica cíclica a la que el par, como quizá la economía, pudiera haberse atenido a la vista del curso de la historia europea. El texto de esta conferencia fue publicado al año siguiente, en 1949, y reimpresso en 1958, con ocasión de la aparición de *War and Society in the Seventeenth Century*, libro que resulta de incorporar una versión revisada de la miniatura berberisca de 1944 y la *Creighton Lecture* de 1948, íntegra, a las *Wiles Lectures* de Clark de 1956, ultimadas en 1957, enésima reelaboración del material docente oxoniense preparado entre 1931 y 1943, y decantado, en su corolario, para aquella especial ocasión belfastiana, en términos de un tumultuoso siglo XVII que se estabiliza, precisamente, en su último tercio, a causa de la guerra, y no a pesar de ella.

Los años de Cambridge son también años de guerra. Al esfuerzo bélico pertenece la puesta en marcha de la reedición de *The Seventeenth Century*, así como el diseño de la lección inaugural de 1944. Ambos textos enfatizan, patrióticamente, el lugar central de la política y la vida institucional en la historia, troquel de la tradición historiográfica inglesa. Por otro lado, Clark trabaja, en estos mismos años, a las órdenes de su amigo Arnold J. Toynbee (1889-1975), para una oficina de Chatham House dedicada a tareas de información concernientes a los Países Bajos. Quizá resulte más interesante todavía subrayar que Clark, junto con Sir Ernest Barker (1874-1960) y Paul Vaucher (1887-1966), forma parte del comité internacional, insular-continental, a cuyo cargo está la edición de una magna historia *universal* de Europa —‘*a record of Europe and the overseas growth of Europe*’— concebida en suelo inglés en el invierno de 1942-3 y enderezada a ganar la paz, toda vez que el imperio británico, cuyo auge material en el cambio de siglo pertenece ya a una fase de decadencia —se dispone de dos muestras dramatizadas: *A Passage to India* (1924), de E. M. Forster (1879-1970), y *Burmese Days* (1934/1935), de George Orwell (1903-1950)—, no podía sino echarse a perder en las postrimerías de la victoria aliada y derrota propia, ya prefiguradas. ‘*It is the hope of the editors that the original English version may be translated into other languages, and that the work may thus come to be used in the schools and universities of many of the countries of Europe, and even outside Europe*’. Materia de política cultural y renovada proyección técnicamente imperial, pues. Materia de traducción y traductores. De ecología. Del orden propio, y del lugar de ese orden propio en un orden mayor. Se trata, en efecto, de *The European Inheritance* (3 vols., 1954). Pues bien, interesa remarcar que, del interior del segundo tomo de esta historia de Europa colaborativa, Clark emerge con una muy personal exposición del decurso de la historia del subcontinente del siglo XV al XVIII. Estamos ante el precipitado de sus lecciones de Historia Moderna general como *Regius Professor*, en Cambridge, entre 1944 y 1947, bajo el título, quizá en una primerísima comparecencia de modificación de la modernidad pura, mediante su calificación de incompleta porque temprana, *early*, de ‘The Early Modern Period’. El texto, un centenar largo de páginas, fue publicado en formato exento en 1957 como *Early Modern Europe*, en sede ya familiar: *The Home University Library*. Crúcese este manual con la detección tópica de la encrucijada del siglo XVII en su segunda edición de 1947 y se tiene, conjuntamente, lo que pudiera ser la mejor historia general de la Edad Moderna jamás escrita.



En 1947, como ya sabemos, Clark regresa a Oriel College, donde pasa los diez últimos años de su carrera en calidad de *Provost*, hasta 1957, cuando decide dejar el cargo y dar por concluida su trayectoria académica como historiador profesional asociado activamente a una Universidad, cerrando así el último capítulo de sus papeles del oficio universitario. Entretanto, recordemos, Clark ha reeditado *The Seventeenth Century*, editado *The European Inheritance*, publicado *Early Modern Europe*, introducido la *New Cambridge Modern History*, impartido unas *Wiles Lectures*, contribuido un volumen de historia local, amén de otras operaciones, como por ejemplo la impartición de las *Ford Lectures* oxonienses en el curso académico 1949-1950: *The colonial conferences between England and the Netherlands in 1613 and 1615*. Ha sido también nombrado caballero, en 1953. Se abre, ahora, desde 1957, un periodo de renovado vigor intelectual para Clark, libre de ataduras administrativas, en momentos ingratas, desde la perspectiva de su *Honorary Fellowship* en All Souls, recién concedida, en el preciso momento en que dejaba Oriel atrás. A esta fase pertenece la edición recapituladora, auténtica *summa* de un perfil historiográfico, de *War and Society in the Seventeenth Century*, comentada más arriba, pero también *The Campden Wonder* (1959), relación y tentativa explicativa de las circunstancias en las que el bailío de Chipping Campden, Gloucestershire, desapareció en 1660: célebre misterio histórico que se cobró la vida de tres personas cuya inocencia, trágicamente, quedó probada cuando el bailío fugado regresó, sin más ni más, a la aldea de la que con anterioridad se había esfumado, aparentemente para siempre. *The Campden Wonder* es, también solo en apariencia, un caso de microhistoria, practicando, que no predicando, eso sí, una transversalidad disciplinar al poner a trabajar en el texto a un jurista y a un psicólogo para la detección de las complejidades del caso, de las paradojas del portento. No será el futuro tan cuidadoso, aunque sí más peliculero, con Martin Guerre, otro desaparecido reaparecido. No haría falta, en realidad, acuñación de neolengua alguna para llamar microhistoria a lo que era, sencillamente, hacerse cargo de un ‘caso’ por un ‘historiador’: la esencia del oficio. Pero las sorpresas no terminan ahí: en 1964, fruto de un encargo, Clark publica la primera entrega de una historia del Real Colegio de Médicos de Londres, desde su fundación en 1518 hasta la aprobación por parte del Parlamento británico de la Medical Act de 1858, por la cual se privaba a la corporación de su antiguo poder mediante la creación de un moderno cuerpo colegiado de médicos, el mentado Consejo Médico General. La segunda entrega de *History of the Royal College of Physicians of London* vio la luz en 1966. Ambos volúmenes, son ochocientas páginas, suponen una suerte de engrosamiento y monumentalización de *Science and Social Welfare in the Age of Newton* (1937). Se trata, en este sentido, de una nueva *historia política* de la ciencia que presta especial atención al modo en que el conocimiento científico-técnico resulta ampliado y repercute socialmente por mor de la tensión fecunda que se da entre instituciones públicas con agendas y métodos diversos: la política y la constitución vienen antes, entonces. Por último, es en la década de 1960 cuando Clark prepara tres capítulos de historia política clásica para los tomos quinto y sexto de la *New Cambridge Modern History* cuya publicación supervisa: ‘The social foundations of states’ (1961), ‘The Nine Years’ War, 1688-97’ (1970), ‘From the Nine Years’ War to the War of the Spanish Succession’ (1970).

En 1971, en la última década de su vida, Clark publica lo que bien pudiera leerse como su testamento historiográfico, *English History: A Survey*, sensible historia del pueblo inglés, a la John Richard Green (1837-1883), escrita, por invitación de Oxford University Press, con pretendida intención de recapitulación y cierre. Es, pues, otra lección, la de toda una vida consagrada al oficio histórico, a la comunidad de historiadores, a Inglaterra: *‘The purpose of this book is to show how the English people came to form a community; what kind of community it has been in its successive stages of development; and what have been its relations with the other communities to which English people have belonged, or with which they have had dealings. There are communities within England, such as villages, towns, and counties. Around it, and separate from it in varying degrees, are such neighbouring communities as Wales, Scotland, Ireland, and France, and many others further away’*. No deja Clark, artesano incansable, de pensar y trabajar históricamente hasta tres semanas antes de su muerte, acaecida el 6 de febrero de 1979. Tenía 88 años. En 1975, había aparecido su último libro de historia, una historia local de la entrañable aldea de Elsfeld, Oxfordshire, que se yergue levemente sobre los campos de cultivo que limitan la expansión de la ciudad, de la Universidad milenaria, por el noreste, y en cuyo cementerio parroquial, frente a los nobles muros de la iglesia de santo Tomás de Canterbury, reposan los restos mortales de Clark. Sin duda: en estos tiempos de indigencia historiográfica, de pérdida generalizada de referentes, de confusión, el legado de Sir George Norman Clark está más vivo que nunca.



IMAGEN TOMADA POR MIGUEL RITCHIE EN EL CEMENTERIO PARROQUIAL DE ELSFIELD EL 15 DE MAYO DE 2024

## ESTA EDICIÓN

La lección inaugural ha sido objeto de *reprint* en 2014 por Cambridge University Press. Se ha traducido teniendo a la vista ese *reprint*. Se ha intentado mantener la atmósfera de exposición oral del ejercicio. No se llega, claro, ni de lejos, siquiera a rozar lo que la novelista Phyllis Bentley observó respecto a ese registro oral: ‘*All the young Clarks were fluent in talk; ... they all —particularly George— preferred the calm, quiet, accurate statement voiced in words chosen with precision, even if this precision required some hesitation before utterance*’<sup>5</sup>. Desde luego, ‘*precision*’ hubo en la lección inaugural; nos contentaríamos con haberla preservado. A veces, pocas, se ha mantenido entre paréntesis cuadrados la expresión inglesa original; los nombres de instituciones no se cursivizan. Para prolongar esa voluntad de precisión hasta el lector español, se ha procedido, para un texto que carece de notas, a una doble anotación, dispuesta al final del texto para mantener el aspecto limpio del ‘*pamphlet*’ original: primero, todas las menciones de implicación biográfica se han atendido en nota, de variable extensión. Y luego, se han acoplado al texto fragmentos de otro de concepción simultánea a aquel 1944, el prólogo reelaborado y notoriamente ampliado correspondiente a la segunda edición —cerrada en 1945, publicada en 1947— de sus lecciones publicadas en 1929 como *The Seventeenth Century*. Con el primer estrato de anotación se tiene, casi, una introducción, tan elemental como contundente, al perfil evolutivo de la historiografía británica en el paso del siglo XIX al XX; con el segundo, la probanza para un ‘momento’ crucial, un XVII largo, de los principios de concepción y método historiográficos enunciados, *precisamente*, en la lección inaugural. Se ha prolongado esta anotación con una glosa final, recapitulación valorativa del alcance del texto, y de sus conexiones posibles con otros textos, y contextos.

La traducción es conjunta. La nota preliminar y la glosa final son también de concepción y redacción conjunta. La anotación biográfica corresponde a Miguel Ritchie. La restante anotación, siete notas, como ya se ha dicho, que conecta el texto de 1944 con fragmentos del ‘*Foreword*’ de la segunda edición (1947) de *The Seventeenth Century*, y apunta algunos puntos de fuga para esa conexión, es de Julio A. Pardos.

Traducción y edición se deben, es precisión que no puede omitirse, a iniciativa y generosidad, enésima reedición, de José María Iñurritegui.

Oxford-Ourense, San Lorenzo de El Escorial, mayo-7 de octubre, 2024

---

5. Parker, Geoffrey, «George Norman Clark, 1890-1979», *Proceedings of the British Academy*, 66 (1981): 408.



## ERUDICIÓN HISTÓRICA Y PENSAMIENTO HISTÓRICO

La cuota que los historiadores contribuyen al patrimonio común de ideas y creencias varía grandemente a tenor de época y lugar. Si bien jamás seremos capaces de estimarla de un modo exacto, podemos afirmar con seguridad que, en este país, por espacio de muchas generaciones, nunca tal cuota ha consistido en una proporción negligible. Últimamente, ha crecido en importancia, en especial durante el transcurso de la presente guerra. En cualquier coyuntura trastornada y violenta, los hombres ansían averiguar cómo las cosas han terminado siendo de la manera que son, y, en nuestro tiempo, existe una ulterior razón para la atención histórica. Todos nosotros, ya sea en el servicio militar, en el esfuerzo civil de guerra, en las universidades o en nuestras casas, hemos entrado en contacto con forasteros, aliados o refugiados, procedentes de muchos países; hemos aprendido cómo se hallan inspirados por recuerdos históricos y cómo sus hábitos mentales se derivan de sus historias nacionales. De la misma manera que los continentes distantes se han cernido sobre nuestra isla, así también los siglos se han cernido sobre ella. Escrutamos el presente y el futuro con amigos nuevos cuyas experiencias nacionales divergieron respecto de la nuestra tal vez en el siglo XVIII, o durante la Reforma, o en la Edad Media, o que inclusive no tienen parte alguna en la herencia de Grecia y Roma. Al tratar de entender sus problemas y puntos de vista, hemos descubierto nuevamente cuánto pasado continúa vivo todavía en sus mentes y en las nuestras. No les resulta ya necesario a los historiadores llamar la atención mediante los dispositivos antaño familiares, haciendo que una lejana era se asemeje sorprendentemente a la nuestra, o que el pasado reciente, por ejemplo la época victoriana, aparezca como singularmente distinto y remoto. Es posible que no haya habido jamás un tiempo en el que tantas personas hayan intentado comprender seriamente el mundo que las rodea, o en el que tantas hayan intentado comprenderlo a la luz de la historia.

No solo el público lector y conversador inquiere numerosas cuestiones históricas; también el Estado pone mucha gente a trabajar en la historia. Tal práctica, por supuesto, no es enteramente novedosa. Hace más de doscientos cincuenta años, se le encargó a Thomas Rymer<sup>1</sup>, de Sidney Sussex College, a instancias, principalmente, de Charles Montagu<sup>2</sup>, de Trinity College, la edición de los grandes tomos en formato infolio de su *Foedera*, que todavía utilizamos. Estos han sido seguidos por serie tras serie de publicaciones oficiales de documentos, demasiado costosas para que una autoridad distinta del Estado pueda financiarlas, que nos han provisto de los materiales básicos para el estudio de nuestra historia. Algunas de esas series se han ocupado de transacciones muy recientes, como *British Diplomatic Documents*, donde dos eminentes académicos cantabrigenses, el doctor Gooch<sup>3</sup> y el difunto rector de Peterhouse College<sup>4</sup>, establecieron un memorable modelo de 'objetividad' y método; sin embargo, tomadas en su conjunto, cubren todos y cada uno de los periodos históricos, desde el más temprano. Tampoco es que el Estado se haya contentado exclusivamente con publicar materiales y el aparato subsidiario que integran los catálogos, *calendars* e índices. Ha empleado a historiadores con el fin de que escriban relaciones de muchos géneros sobre acontecimientos e instituciones, y si, en este país, los únicos ejemplos de un trabajo de estas características a gran

escala son las historias oficiales de guerras recientes, no es por ello menos cierto que de los libros azules de los últimos cien años puede extraerse una amplia y variada biblioteca histórica.

Durante la presente guerra, la demanda tanto de materiales históricos como de historia enfocada ha aumentado más que nunca. La publicación de documentos diplomáticos recientes continuará. Un personal numeroso y bien organizado ya prepara narraciones de las labores de los departamentos civiles durante la guerra. La historia oficial, compuesta a partir de una clase limitada de fuentes, y necesariamente sujeta hasta cierto punto a censura, parece mediar entre la escritura histórica en el pleno sentido y la edición de materiales históricos. En cuanto a la posibilidad de que resulte de utilidad incluso cara a presentes objetivos de la guerra, parece existir un acuerdo general de que, en efecto, esto es así, y está claro, asimismo, que se trata de una tarea para la cual una formación histórica reglada constituye una buena preparación. Algunos de nuestros historiadores más distinguidos, en esta línea, han sido contratados para realizar otros tipos de trabajo de investigación para departamentos gubernamentales. Ciertamente, cuando pensamos en todas las invitaciones que cuerpos oficiales y semioficiales dirigen a historiadores, bien pudiéramos protestar, *'Et spes et ratio studiorum in Caesare tantum'*<sup>5</sup> Pero, en este asunto, de la misma manera que en lo concerniente a sus relaciones con las universidades, el Estado en este país sabe cómo respetar la independencia de la investigación. No les exige a los historiadores que renuncien a sus niveles de exigencia académicos. Para su propia información, el Estado requiere la verdad no coloreada por la preferencia hacia una política sobre otra. Incluso cuando los historiadores se hallan involucrados no en la tarea de informar a las oficinas gubernamentales, sino en labores de propaganda, su preparación les capacita para conservar las nobles tradiciones de esa defensa honesta que una buena causa merece. Efectivamente, el principal servicio que las facultades de historia de las universidades han hecho a la nación durante la guerra no es el de los historiadores, sino el de los muchos cientos de hombres y mujeres que se muestran capaces de servir tanto mejor en múltiples esferas y a todos los niveles en virtud de la educación liberal de la que son vehículo los estudios históricos.

Algunas de las cualidades que intentamos impartir pueden adquirirse no menos bien en otras materias. Existe una prosaica eficiencia intelectual que cualquier buena formación universitaria ha de mejorar: consiste en cualidades tan obviamente deseables como la precisión, la lucidez, un sentido de la pertinencia, el poder de discriminar entre un buen y un mal razonamiento, el poder, tan constantemente necesitado en la era del teléfono y el estenógrafo, de extraer lo esencial de una masa de información. La educación liberal es mucho más que eso, pero, por lo pronto, mientras reflexionamos acerca de nuestro esfuerzo en la guerra, bastará con retener esto: su dimensión utilitaria. Sobre esta base elemental, construimos la educación del hombre libre, esto es, la educación para la responsabilidad, y, muy especialmente, para posiciones de responsabilidad intelectual, en las que hemos de decidir por cuenta propia e influir en las mentes de otros. Existe una razón suficiente para que la historia se haya convertido en los tiempos actuales en una de las materias a cuyo través dicha formación es más comúnmente ofrecida. En un mundo como el

nuestro, que acarrea consigo tanto del pasado complejo, administraciones de muy diversa planta, en lo referente tanto a los asuntos públicos como a los negocios privados ordinarios, precisan de un cierto conocimiento de historia política, o social, o económica. Ofrecemos a nuestros estudiantes de grado una formación de tres años —acaso sea demasiado corta— no solo en lo que se refiere a los resultados verificados de la investigación histórica, sino también en crítica histórica. Aprenden cómo se llega a estos resultados; aprenden que la virtud moral primaria de la veracidad debe combinarse con habilidad a la hora de determinar qué es lo cierto. Cuando contemplamos el trabajo que aquellos a quienes hemos educado están realizando durante la guerra, cobramos conciencia de algunos defectos en nuestros planes de estudios y exámenes; debatimos entre nosotros propuestas para mejorarlos de un modo u otro, pero creo que deberíamos estar todos de acuerdo en cuanto al punto principal: que nuestros centros de enseñanza de la historia pueden considerar los frutos de sus afanes con admiración, e incluso con sobrio orgullo.

¿No es de alguna manera inquietante, por lo tanto, que casi toda la organización superior de los estudios históricos esté fuera de juego o, a lo sumo, continúe en estado de ‘conservación y mantenimiento’? Las publicaciones del Public Record Office y la Historical Manuscripts Commission están suspendidas; la investigación universitaria se encuentra prácticamente paralizada; el número de estudiantes de grado en nuestras facultades es escaso; apenas hay provisiones hechas para la futura demanda de docentes en universidades y colegios. Nada que reprochar al servicio al Estado, y no ponemos en duda que el Estado haya necesitado todo lo que ha tomado, mas, en aras del interés estatal mismo, tenemos derecho a preguntarnos si los estudios históricos en el momento presente son lo suficientemente valorados. La provisión de historiadores formados es ya inadecuada con respecto a la demanda oficial; lo mismo puede decirse de los hombres y mujeres que han recibido una formación general en nuestros establecimientos de enseñanza en estudios históricos. No podemos protestar si una emergencia excepcional restringe nuestra vida académica, pero la emergencia se ha prolongado mucho tiempo: en las dos guerras algunos de nuestros historiadores ya en la madurez han pasado nueve años alejados de los estudios que les son propios. Cuando planifiquemos el retorno a la paz en el futuro deberemos pedir con valentía la aprobación que nos hemos ganado, así como las grandes sumas de dinero que se precisarán para devolver a nuestra maquinaria en su complejidad a su plena capacidad de trabajo.

Ciertamente, hemos de ampliar el rango de nuestros estudios de manera que cubran todavía más países y temáticas. Aquí, en Cambridge, la munificencia de la University Press ya tiene prevista la inclusión de la historia norteamericana, y existen otras regiones, tales como las tierras eslavas, el Lejano Oriente o América Latina, que evidentemente deberemos estudiar con más atención que la desplegada hasta ahora. Asimismo, necesitaremos más orientación especializada en varios aspectos de la historia que nos es más cercana, como por ejemplo en el terreno de las bellas artes, y estas necesidades continuarán expandiéndose. La música, por ejemplo, se ha convertido últimamente en una parte tan significativa de la vida inglesa que puede que pronto reclame un lugar en nuestros estudios históricos. Aun anhelando un incremento semejante en el número de nuestros especialistas históricos, no

tengo, permitidme que me apresure a añadir, deseo alguno de que el trabajo de los estudiantes de grado se vuelva más intensamente especializado de lo que ya lo es. Por el contrario, si puedo expresar mi opinión, me gustaría ver a los estudiantes de grado, y no solamente a los estudiantes de grado, sino a mis propios contemporáneos también, menos absortos en el estudio exclusivo de monografías y publicaciones periódicas de lo que algunos parecen estarlo, y en mejor disposición para leer los grandes clásicos de la escritura histórica y de otros géneros, que poseen méritos más durables que el de estar actualizados. Empero, el conocimiento histórico, al igual que nuestro conocimiento de las ciencias naturales, lo construyen los especialistas, quienes perpetuamente revisan y corrigen los detalles de las conclusiones aceptadas. Tenemos que iniciar al estudiante de grado en sus métodos, y debemos impedir que suponga que es posible obtener resultados importantes mediante generalizaciones etéreas o un dogmatismo acrítico.

En parte por esta razón, los centros de enseñanza de la historia en nuestras universidades jamás le han prestado demasiada atención a una clase de historia que es de las que goza de mayor popularidad entre el público lector general: los libros de perfil divulgativo o de historia filosófica que trazan las fortunas de civilizaciones a lo largo de cientos o incluso miles de años. La burla más recurrente hacia el historiador afirma que, si le haces una pregunta, responde, 'Ese no es mi periodo', y parece razonable tener una lamentable opinión de él si su conocimiento de su periodo no se ha establecido dentro de un marco de historia universal. Debemos, sin embargo, asegurarnos primero de que no le exigimos más de lo que en justicia cabe esperarse de él.

Algunos historiadores, y muchos otros que no lo son, creen que existe un proceso general de la historia que da explicación a todos sus componentes. Esta creencia adopta muchas formas. Una de ellas es la creencia en el progreso; la creencia en que, a pesar de las complicaciones y reveses, el ser humano a lo largo de toda su existencia ha transitado desde un estado de cosas peor a un estado de cosas mejor y, finalmente, logrará alcanzar una situación buena o la mejor posible. La idea de progreso, en cualquiera de sus variantes desde la fe dieciochesca en la perfectibilidad humana en adelante, ha sido tanto más popular cuanto que la feliz conclusión haya parecido estar tolerablemente a mano: surgió entre hombres que sintieron que su propia época era excepcional y había dejado el pasado atrás. El giro cruel de los acontecimientos en nuestra generación ha devuelto a mucha gente a un tipo anterior de creencia en un proceso histórico general: el que rechaza el progreso y traza ciclos de auge y decadencia. Mucha aplicación e ingenio se han consagrado a la explicación de los mecanismos de estos ciclos, o a la explicación de que no funcionan por la mediación de mecanismo alguno, sino a través de un principio vital. Todas estas doctrinas, sin importar si lo son de progreso, o cíclicas, e incluso otras que profesan únicamente revelar las leyes del cambio, tienen esto en común: afirman que la historia tomada en su conjunto dispone de una trama. Implican que una vez captas la trama, serás capaz de averiguar la razón de ser de todo lo que le sucede al mundo. El mundo histórico, nos dicen, es un mundo planificado; el proceso histórico (que actualmente suele comprender la evolución de la naturaleza no humana) se explica por sí mismo. No hay nada fuera de él que debamos aprehender para explicarlo.

Existen muchas buenas razones por las que los historiadores académicos en el desempeño de su trabajo deberían desconfiar de estas soluciones prefabricadas con respecto a la totalidad de los problemas históricos. En su trabajo de investigación cotidiano, tienen que asumir que cada momento presente, en lugar de haber sido predeterminado por todo lo que ya ha sucedido, es genuinamente nuevo. Si el futuro resulta indeterminado, la historia no constituye un todo: perpetuamente inacabada, no existe un todo coherente consistente en pasado, presente y futuro. Por mi parte, no creo que ninguna futura consumación pudiera dar un sentido a todas las irracionalidades de las eras precedentes. No pudiendo explicarlas, todavía menos podría justificarlas. Los crímenes y sufrimientos de incontables millones de seres humanos durante un cuarto de millón de años —¿o no será más bien medio millón de años?— fueron hechos tan reales como cualquier cosa que pueda acontecer en el futuro como parte del mismo proceso histórico. El futuro no puede deshacerlos, y cualquiera de ellos por sí mismo frustra la búsqueda de la racionalidad en el universo del tiempo. A mi juicio, por lo tanto, ninguna investigación histórica puede proporcionar ni una filosofía, ni una religión, ni un sucedáneo de la religión: ni tan siquiera puede proporcionar una excusa que exima de vivir conforme a una religión.

Si con esto expreso tan solo una opinión personal, creo que debería ganarme el consenso general de los historiadores si me limito a concluir más sencillamente que trabajamos con objetivos limitados. Tratamos de hallar la verdad sobre esto o aquello, no sobre las cosas en general. Nuestro trabajo no es observar la vida estabilizada y en su totalidad, sino observar una porción particular de la vida tal y como está ahí y en perspectiva verdadera. La porción podrá ser muy grande o muy pequeña. Podrá reducirse a la historia de una aldea; podrá extenderse a la historia de un país, quizá a la historia de una civilización. Al historiador, estas diferencias de tamaño no se le presentan como a la mayoría de la gente, dado que para él, como dicen los franceses, en todo hay algo de todo: escribe sobre la aldea como parte de un condado o una diócesis; en tanto que influida por lo que pasa en continentes distantes; escribe sobre un siglo en tanto que sucede a, y, en cierto modo, resulta condicionado por, todos los demás. Pero sería un muy mal historiador si intentase resumir estrechamente la historia del mundo entero, o incluso la de la aldea más cercana, en su historia aldeana. Tiene una materia, definida en el tiempo y el espacio, incluso si, de la misma manera que muchas materias en la historia del pensamiento y hasta de la acción, pareciera desbordarse hacia todos los confines del conocimiento. Los objetivos del historiador se encuentran limitados por la sucesión de los tiempos y por posiciones en el espacio.

En la práctica, por supuesto, siempre tenemos que decidir sobre la marcha cómo definimos nuestras materias y a qué escala las abordamos para así evitar, por un lado, la superficialidad, y, por el otro, la estrechez de miras. Desde los puntos de vista técnico y literario, el éxito o el fracaso del historiador dependen de innumerables decisiones de inclusión y exclusión de esto y aquello, decisiones que, en conjunto, constituyen su selección de lo que tiene que decir. Incluso para el trabajador más ágil y seguro de sí mismo es con frecuencia extremadamente difícil decidir la inclusión o el rechazo de un hecho particular. Contamos con dispositivos que nos permiten evadir la dificultad, tales como las notas a pie de página o los apéndices, espacios



adonde relegamos la información que queremos conservar, pero que no es del todo asimilable en el cuerpo de nuestro trabajo. Estos recursos, sin embargo, nunca eliminan por completo la dificultad incluso respecto de problemas menores, y, en ocasiones, esa dificultad comparece en asuntos de envergadura cuando hemos de decidir entre seguir una línea de investigación o dejársela a otros operadores. Ahora bien, aquí debemos, hasta donde sea posible, conducirnos no ya mediante una regla de oro mecánica, sino mediante un juicio efectivamente constructivo. A veces, nos vemos en la obligación de someternos a una regla meramente negativa: por ejemplo, llega un momento en el que tenemos que abandonar una investigación porque no podemos avanzar más sin dominar una nueva lengua extranjera, y para todos nosotros existe un número limitado de lenguas que podemos intentar aprender. Pero puede suceder que nos construyamos una regla negativa cuando esta no se corresponde ni con nuestras limitaciones naturales ni con la estructura de nuestro asunto.

Me parece que el ejemplo más común salta a la vista cuando los historiadores intentan convertir periodos cronológicos en cuestiones mutuamente exclusivas.<sup>6</sup> Los estudios medievales se han resentido cuando los estudiosos de la Edad Media se han sentido excusados de leer a los autores clásicos, o incluso se han desautorizado para hacerlo; al fin y al cabo, Aristóteles y Virgilio fueron más influyentes en la Edad Media que todos los oficiales de todas las cancillerías de la Cristiandad. No son, empero, los estudios medievales, sino los concernientes a algunos periodos más tardíos, y principalmente los que se ocupan de los más recientes, los que se han visto más empobrecidos por el hecho de haber sido tratados aisladamente. No podemos todos estudiarlo todo; no podemos, ni tan siquiera por medio de los más ingeniosos atajos, aprender todo lo que es relevante para nuestro trabajo, pero el principio de selección debe ser siempre elegir lo más relevante y omitir lo menos relevante, y no aplicar un criterio mecánico como pueda serlo el de la fecha.<sup>7</sup>

Nuestras mayores dificultades a la hora de definir los límites del trabajo histórico ordinario no surgen, sin embargo, de las diferencias de escala o las diferencias entre periodos, como tampoco de la necesidad de leer en más lenguas extranjeras de las que la mayoría de nosotros encuentra sencillo o conveniente; nuestras mayores dificultades son aquellas que implican la relación de la historia con otras ramas de la investigación. Reconocemos que toda historia es la historia de algo e, independientemente de lo que esa cosa sea, probablemente existirá otra manera de estudiarla distinta de la histórica. Si hemos de trabajar satisfactoriamente en historia económica, necesitamos siquiera alguna noción de economía teórica; para la historia política y constitucional, como Seeley<sup>8</sup> nos enseñó de una vez por todas, precisamos de la ciencia política; para la historia imperial, de algún conocimiento especial de condiciones y problemas ultramarinos; la historia eclesiástica no se puede divorciar de la teología. La Universidad, por consiguiente, dispone de cátedras especiales para todas estas ramas de la historia. Tampoco podemos vislumbrar ningún límite al número de nuevas especialidades que se puedan desarrollar. Por ejemplo, hay ya historiadores económicos que estudian cuestiones poblacionales mediante una técnica tan especializada que tal vez podamos referirnos a ella como una rama histórica de la biología social. De nuevo, no falta mucho tiempo para que

los psicólogos empiecen a pertrechar a los historiadores con algo más que los retales de terminología y las ocasionales insinuaciones ornamentales con los que algunos de ellos avivan sus testimonios acerca del carácter y la motivación humanos. A medida que estas especialidades se multiplican, se vuelven más técnicas. Últimamente, los historiadores han utilizado cada vez más la técnica estadística, a veces aplicándola experimentalmente a materias inextricables, si bien a menudo obteniendo resultados muy valiosos. Hasta hace poco, no eran muchos los historiadores que hacían algo más que intentar recuperar lo que los actores en el pasado supieron o sintieron, pero hoy muchos de ellos formulan interpretaciones que pertenecen esencialmente a nuestra nueva disposición intelectual propia. Por tomar el ejemplo más simple, los historiadores económicos actualmente interpretan el siglo XIII e incluso la era neolítica en términos de producción social neta, inversión, etc., términos que nadie en aquellos siglos podría haber entendido.<sup>9</sup>

Todo esto, con tal de que esté bien hecho, es excelente. Significa que los historiadores están haciendo su debida contribución al trabajo general de los estudios sociales y de humanidad, y está de acuerdo con la doctrina, hoy familiar, de que, en última instancia, no existe una distinción lógica entre la historia y estos estudios. Cuanto más desarrolle cada rama especial de la historia su método correspondiente, mejores resultados podemos esperar de lo que Maitland<sup>10</sup> llamó ‘el estudio de las interdependencias’. Ilustraré esto a partir del caso de la historia de la ciencia. Este no es un nuevo campo de estudio, pero, hasta hace poco, a menudo les parecía tanto a los historiadores como a los científicos una materia secundaria y periférica, adecuada para el aficionado. En 1871, cuando Clerk Maxwell<sup>11</sup>, el primer Catedrático de Física Experimental en esta Universidad, impartió su Lección Introductoria, tuvo algunas cosas que decir en aprecio de la historia. Dijo: ‘a pesar de que algunos de nosotros, espero, puede que entiendan la razón de hacer de la persecución de la ciencia el objetivo principal de nuestras vidas, ha de ser uno de nuestros más constantes objetivos mantener una conexión viva entre nuestro trabajo y el de los demás estudios liberales de Cambridge, trátese ya de los literarios, los filológicos, los históricos o los filosóficos’, y nuevamente: ‘la historia del desarrollo, ya normal, ya anormal, de las ideas es, de entre todas las materias, aquella en la que, como hombres pensantes, nos sentimos más profundamente interesados’. Estableció, sin embargo, un contraste entre la ‘atmósfera más cristalina’ de la historia de las ideas y la ‘marcha de esas fuerzas ciegas que, tal y como se nos cuenta, operan sobre masas de gentes oscuras, removiendo principados y poderes, y compeliendo a hombres razonables a hacer que los acontecimientos sucedan según un orden establecido por los filósofos’ (*Scientific Papers*, II (1890), pp. 250-252). Se refería, supongo, antes a la ‘ciencia de la historia’ de Buckle<sup>12</sup> que a la entonces reciente obra de Karl Marx<sup>13</sup>, o a las ideas más sutiles de Seeley, que entonces era *Regius Professor* de Historia Moderna. Clerk Maxwell consideraba a los científicos naturales como ‘en cierto modo descalificados’ para el estudio de la ‘región de tormentas’.

Desde su tiempo, se ha producido un vigoroso movimiento de investigación minuciosa que ha hecho que la historia de las ciencias naturales entre en relación orgánica con el estudio de las ciencias en sí. Los resultados han iluminado muchos pasajes oscuros en la historia de la tecnología y la historia económica general.

Han influido a los historiadores de la filosofía y del pensamiento en general. No obstante, por más que esta contribución a nuestro conocimiento histórico haya sido útil, el impulso ha procedido casi por entero del lado de los científicos, y ha servido a más de uno de sus propósitos particulares. Por un lado, habida cuenta de que hemos vivido en un periodo de rápido cambio y perturbación en el pensamiento científico, ha existido el deseo de evaluar la validez de las ideas mediante la delineación de su desenvolvimiento, pero también se ha dado, en el extremo opuesto, el reconocimiento de que la ciencia no puede dimitir de toda responsabilidad por el ‘espeluznante fluir del pánico y la angustia demencial’. Las guerras y los descontentos sociales de nuestra era científica han planteado debates fundamentales en torno a las funciones sociales de la ciencia, y, en el transcurso de estos debates, amplios segmentos de la historia de la ciencia están empezando a ser cultivados.

Es difícil decir cuánto el estudio histórico puede contribuir directamente al estudio de la ciencia natural. Sin duda, la manera más clara de explicar el estado presente de los conocimientos es frecuentemente trazar su desarrollo pasado paso a paso. De nuevo, un repaso de este desarrollo pasado a menudo permite a un científico distinguir más claramente las asunciones e hipótesis de los resultados comprobados y, así, le permite hacerse cargo de virajes que sus predecesores pasaron por alto. No está claro, sin embargo, que el método histórico pueda conducir a nuevo conocimiento de modo semejante a lo que sucede en el ámbito de las ciencias sociales. En estas, hay al menos partes del asunto que no cabe aprehender sino históricamente; al menos en algunas de las ciencias no humanas, no parecen existir tales partes. Los científicos, empero, han solicitado la colaboración de los historiadores, y los historiadores ya están prestando su avisada asistencia en muchas direcciones.

Este es uno de los muchos casos en los que los estudios históricos se están especializando de acuerdo con su temática, y cuando contemplamos el efecto total de estos cambios, emerge una pregunta inquietante. Cada una de estas ramas especiales es un tipo abstracto de historia: con el fin de concentrarse en un aspecto, ignora el resto. Pero, si este proceso avanza más, ¿cuánto quedará de la historia integral de la que cada una de estas ramas especiales ha extraído su parte? Los especialistas reconocen que hay algo así como una historia general; en efecto, no es infrecuente que un escritor que ha ofrecido una descripción precisa y erudita sobre algo en el pasado diga, ‘Yo no soy un historiador’. Estas palabras implican que el especialista es consciente de la existencia de un amplio trasfondo de hechos contemporáneos con respecto a los que ha estudiado, y que, para su conocimiento de este trasfondo, depende del historiador general. Los historiadores estarán de acuerdo en que esta es una posición más sostenible que la de Buckle y otros escritores que quisieron atrapar todo el conocimiento del pasado en una historia de la civilización totalizadora. Pero, si la historia general no es más que el contexto o trasfondo de las historias especiales, entonces, a medida que los especialistas se multipliquen, no será más que un residuo constantemente menguante. Finalmente, no quedará nada de ella excepto los remanentes que no quepa estudiar mediante ninguna metódica rigurosa.

En el momento presente, este es un peligro remoto o incluso imaginario. Hay todavía espacio para, y necesidad de, historiadores generales que reúnan

las conclusiones de los especialistas y que los brinden a todos por igual con una visión comprensiva de la diversidad interrelacionada de los tiempos pasados. Me aventuraré incluso a decir que debemos tratar aún a la vida de cada comunidad en cada periodo como un todo. Muchos historiadores se muestran ahora, en efecto, insatisfechos con la vieja manera de concebir la historia política y constitucional en tanto que el trazo cursor que atraviesa la diversidad. La historia económica, especialmente aquí, en Cambridge, ha reivindicado su derecho a un lugar elevado; Son perentorias las exigencias de la historia social. Pero es en las instituciones públicas donde los hombres expresan su voluntad de controlar los acontecimientos, y, por lo tanto, me parece que los historiadores se equivocarían si intentasen resolver la historia política y constitucional en otros elementos, del mismo modo que nuestros hombres prácticos se equivocarían si siguiesen la vigente moda de tratar de los intereses y actividades culturales como si pudiesen separarse completamente de los asuntos de los Estados. La historia de las instituciones debe ser central en algún sentido, y, en la universidad que fue de Maitland, es imposible creer que tal centralidad necesariamente se traducirá en apatía. Maitland fue un historiador de las instituciones, incluso de su aspecto estrictamente jurídico, mas, si alguna vez algún hombre tuvo la capacidad de hacer prender fuego a partir de documentación marchita, y así hacer que su luz resplandeciera hacia delante y hacia atrás, entre nuestro tiempo y la Edad Media, ese fue Maitland.<sup>14</sup> Por mi parte, me contento con la vieja máxima de que la principal cualidad del buen historiador es *σύνεσις τε πολιτικῆν*, aunque piense que estas palabras deberían traducirse no como 'juicio político', sino como 'buen sentido en asuntos de concernimiento público'. Su autor<sup>15</sup> consideraba a Tucídides como el más grande historiador, y Tucídides nos dio, entre otras cosas, en su descripción de la plaga ateniense, nuestra primera descripción clínica de una enfermedad epidémica. De nuevo, como nos enseñó el difunto profesor Cornford<sup>16</sup>, cuando escribió tan provocadoramente que Tucídides había sido mítico-histórico [*mythistoricus*], este último vio en los asuntos de concernimiento público sendas entre cumbres y abismos del destino,<sup>17</sup> de manera que fue, de una pieza, historiador científico y dramaturgo.

He aquí la paradoja esencial del trabajo del historiador: que debe ser escrupulosamente fiel al hecho y que, con todo, su trabajo es un trabajo de imaginación creativa o, más bien, recreativa. En estos tiempos, es más necesario de lo que un día lo fue insistir en la fidelidad al hecho, dado que oímos muy a menudo, en varias formas, la doctrina de que el trabajo del historiador es personal, que nada en el pasado le parecerá igual a una época que a otra, que la historiografía nunca es definitiva y que cada trabajo de historia está condicionado por el tiempo en el que fue escrito. No hemos de hesitar en admitir que el pasado parecerá cambiar conforme lo observemos con nuevos ojos. Es una experiencia familiar que el mismo libro nos parece muy diferente cuando lo leemos en distintas etapas de nuestras vidas, y así debe suceder también con los registros infinitos y políglotas del mundo. Quizá podamos conceder que todas las generaciones necesitan reescribir sus historias, aunque esta doctrina pareciera ser especialmente popular entre aquellos que no se sobrecargan con demasiadas lecturas de las historias más viejas. Pero no debemos olvidar que existen cosas tales como los hechos. Los nacimientos,

muertes y matrimonios, por ejemplo, son hechos. Ni nacimientos ni muertes ni matrimonios se nos presentan hoy igualmente en todos los sentidos a ninguno de nosotros respecto de cómo se veían hace escasamente un siglo, pero esto no invalida todo lo que nuestros abuelos creyeron acerca de ellos, y no significa que tales acontecimientos nunca hayan ocurrido. Todo personaje histórico nació en una fecha determinada, de unos padres determinados, y, o bien conocemos estos hechos sobre él, o no los conocemos. Todo nuestro conocimiento del pasado tiene un núcleo duro de hechos, independientemente de cuánto esto sea ocultado por la pulpa circundante de un contencioso interpretativo. Con todo, es cierto que hasta el más árido trabajo de historia brota de la imaginación. Lo que distingue a la historia de los demás estudios de humanidad es que trata de la vida humana en el tiempo. La narrativa es su instrumento característico; no existe ninguna clase de metodología histórica en la que la narrativa no forme parte, y todo buen historiador tiene algo de buen narrador de historias [*story-teller*]. ¿Necesito argumentar esto cuando me yergo aquí como el sucesor del mejor de todos nuestros narradores de historias? Para vosotros y para mí, así como para muchos otros miles, el *Master* de Trinity College<sup>18</sup> ha demostrado una y otra vez que es uno de esos que bien pudieran decir

Puedo separar de mí, lanzar hacia delante  
La mitad de mi alma, que, en su peregrinaje  
Por viejos, intransitados senderos desolados del mundo,  
Acaso se tropiece con algún fragmento<sup>19</sup>

al que su arte mágica pueda insuflar vida y movimiento. Y acerca del lugar de la obra del *Master* de Trinity en el cuerpo de nuestro conocimiento histórico quisiera decir un par de cosas. En primer lugar, el *Master*, devolviendo el pasado a la vida, jamás ha confinado su visión dentro de los límites utilitarios que circunscribieron mis primeras observaciones sobre la educación liberal. Ha mantenido el lugar de la historia dentro de los estudios literarios; la Inglaterra de la que ha escrito ha sido su Inglaterra, la Inglaterra no solo de Marlborough<sup>20</sup>, sino también de Wordsworth.<sup>21</sup> Luego, en segundo lugar, al mantener todo esto con vida, ha atendido a nuestras necesidades prácticas mejor que cualquier utilitarismo. Es siempre así. Inglaterra difícilmente hubiese podido conservar su heroísmo y su habilidad para la llevanza de los asuntos públicos [*statesmanship*] si no hubiera recordado su poesía; y tal vez podamos mostrarnos agradecidos de que, al margen de tiempos en sí tempestuosos, tengamos grandes historiadores a cuyo través hacer volver nuestras mentes hacia nuestra herencia.<sup>22</sup>

A cambio del interés que entre el público se ha despertado por la historia, hemos de pagar ciertamente un precio: a medida que la historia florece, así también lo hacen, junto a ella, las perversiones de la historia. No es necesario que malgaste vuestro tiempo argumentando en contra de la herejía de los biógrafos frívolos que apoyan a duras penas su conocimiento deslavazado sirviéndose de lo que les parecen ficciones inofensivas. Cuando acontece, como suele acontecer, que hechos sólidos falsan sus suposiciones, vemos cómo esta absurda temeridad arruina todo su trabajo. La perversión más dañina de todas es, en el momento presente, el empleo de la



narrativa con fines propagandísticos. Una gran parte de las corrientes de falsedad con las que tenemos que contender consiste en narrativas distorsionadas acerca del curso de los acontecimientos europeos en los cuatro últimos siglos, y ninguna tergiversación es más difícil de refutar que una seriación histórica astutamente construida a partir de afirmaciones que son verdaderas si se toman de forma aislada.

Contra todas estas perversiones de la historia, nuestra protección es la máxima de que el verdadero historiador ha de ser tanto un erudito [*scholar*] como un pensador. Nunca se desviará de la búsqueda desinteresada de la verdad, y aplicará a sus fuentes todos los criterios estrictos que hemos heredado de los eruditos del pasado, no solo de los historiadores, sino también de muchos otros. Igualmente, ocupará su lugar en la vida común del pensar, y será consciente de las preguntas que se avanzan y de los métodos que se aplican incluso en ámbitos de estudio muy alejados del suyo. Si los historiadores no investigan asuntos de concernimiento general, falsas asunciones sobre sus aspectos históricos permanecen incontestadas y, al tiempo, se introducen en la historia con el prestigio de alguna otra disciplina tras de ellas. Dado que esta es la naturaleza bidimensional del oficio del historiador, se deduce que nuestras universidades abrigan el potencial para desplegar los más elevados estándares de calidad en investigación histórica. Nuestras facultades de historia no están desde luego predisuestas del todo para la puesta en marcha de grandes empresas de investigación cooperativa ni para la publicación de colecciones documentales de gran volumen; estas son tareas que debemos dejar al Estado o a institutos independientes lo suficientemente dotados como para emplear a cuerpos profesionales. La investigación, sin embargo, forma parte de nuestro trabajo tanto como la docencia: ninguna de las dos puede prosperar lejos de la otra. En ambas hemos de ser al mismo tiempo eruditos y pensadores, y en ambos caracteres las universidades nos facilitan el utillaje y, lo que es más importante todavía, la sociedad que necesitamos. Somos miembros de *studia generalia*, las únicas instituciones en las que todas las facultades resultan siempre accesibles y el pensamiento universal cuenta con intérpretes. Nos familiarizamos con los estándares de aprendizaje que se han transmitido de mano en mano no solo mediante discursos formalizados, sino también por medio de la rutina cotidiana y la conversación informal de los siglos.

En una ocasión como esta, a quien imparte la lección le está permitido hablar de sí mismo. Hasta este momento, he pasado la mayor parte de mi vida laboral en otra universidad, si bien, incluso si se me hubiese recibido con algo menos que la más que generosa amabilidad que me habéis mostrado, difícilmente podría haber percibido estar llegando a la facultad de historia de Cambridge como un extranjero. He sido singularmente afortunado en lo que respecta a las oportunidades que he disfrutado para familiarizarme con historiadores, y entre ellos se cuentan los historiadores de Cambridge [*Cambridge historians*] con los que he trabajado. Si no los nombro a todos, y veo que algunos de ellos se encuentran aquí, no se debe esto a una falta de sentida gratitud. Nombraré solamente a quienes me siento obligado a recordar hoy. Yo me convertí por vez primera en *Fellow* de All Souls College diez años después de la muerte de Lord Acton<sup>23</sup>, quien había sido uno de sus escasísimos *Honorary Fellows*. Mis colegas más veteranos me hablaron de sus visitas a Oxford y aprendí en qué gran medida los estudios oxonienses se habían beneficiado de los

comentarios y del consejo de aquel gran hombre. Su elección fue una de las muchas acciones de iniciativa inspirada por medio de las cuales All Souls ha enriquecido a la escuela histórica de Oxford<sup>24</sup> [*Oxford historical school*]; entre ellas, me permitiréis ahora que conmemore la dotación de la cátedra de historia económica a la que he renunciado recientemente tras doce años en posesión de la titularidad. En otra etapa de mi vida académica, y ahora me complace recordarlo, era *Fellow* de Oriel College cuando elegimos sucesivamente a dos *Regius Professors* por la Universidad de Cambridge como *Honorary Fellows* de nuestra pequeña y sobremanera amigable sociedad. Del profesor Bury<sup>25</sup> aprendimos cuán modestamente erudición y fuerza del intelecto pueden ser desplegadas al más alto nivel. Acogimos la llegada del profesor Trevelyan doblemente agradecidos, pues, en esta relación con nuestro *college*, como en tantas otras cosas, su padre<sup>26</sup> le había precedido. Si no hubiese conocido a mis predecesores a través de estos caminos, incluso entonces habría de sentir, como no puedo sino sentir, mucho más que humildad al pensar que voy a sucederles aquí, aunque quizá en tal caso no me habría resultado posible hallar consuelo, como así lo hallo, en la certeza de que me desearían lo mejor en mi propósito de servir a nuestra Universidad.<sup>27</sup>

## ANOTACIÓN

1. Thomas Rymer (1641-1713), historiógrafo real y crítico literario. Educado en Sidney Sussex College, Cambridge. Primer editor de la célebre recopilación histórica de tratados diplomáticos con presencia inglesa —los *Foedera*—, cuyos primeros quince volúmenes fueron publicados entre 1704 y el año de la muerte de Rymer, en 1713. Dichos tomos cubren el periodo comprendido entre 1101 y 1586. Introduce en Inglaterra los principios de la crítica neoclásica francesa. Autor de *A Short View on Tragedy* (1693), obra en la que encausa a la producción dramática inglesa contemporánea y preconiza un retorno a los cánones esquíleos.

2. Charles Montagu, I Conde de Halifax (1661-1715), estadista *whig* y financiero. Educado en Trinity College, Cambridge. Arquitecto del sistema de finanzas públicas inglés. Auspicia la participación de Inglaterra en la guerra de los Nueve Años (1688-1697), así como la fundación del Banco de Inglaterra (1694), mediante la creación de un sistema de préstamos respaldados por el gobierno. Poeta menor y protector de Isaac Newton.

3. George Peabody Gooch (1873-1968), historiador y político liberal. Educado en King's College, London y Trinity College, Cambridge. Discípulo de Lord Acton (1834-1902) (*vid. infra*, n. 23). Académico independiente. Especialista en historia alemana. Coeditor, junto con Harold Temperley (1879-1939) (*vid. infra*, n. 4), de *British Documents on the Origins of the War, 1898-1914* (11 vols., 1926-1938). Autor de *Germany and the French Revolution* (1920), *A History of Modern Europe, 1878-1919* (1923) [hay trad. esp.: México, 1946], etc. Mención aparte merece su *History and Historians in the Nineteenth Century* (1913) [hay trad. esp.: México, 1942], que se hace cargo de las gramáticas nacionales y unidad subyacente del siglo de la investigación histórica. Miembro de la Cámara de los Comunes por el Partido Liberal entre 1906 y 1910.

4. Harold Temperley (1879-1939), historiador. Educado en King's College, Cambridge. Fellow de Peterhouse College, Cambridge (1904-1938). Supervisor del historiador Herbert Butterfield (1900-1979). En 1923, funda *The Cambridge Historical Journal*. Editor de dos 'historias oficiales' comisionadas por el gobierno británico: *A History of the Peace Conference of Paris* (6 vols., 1920-1924) y, en colaboración con G. P. Gooch (1873-1968) (*vid. supra*, n. 3), *British Documents on the Origins of the War* (11 vols., 1926-1938). Especialista en historia balcánica. Autor de *Frederic the Great and Kaiser Joseph: An Episode of War and Diplomacy in the Eighteenth Century* (1915), *History of Serbia* (1917), etc. Editor de una recopilación póstuma de ensayos de J. B. Bury (1861-1927) (*vid. infra*, n. 25) —*Selected Essays of J. B. Bury* (1930)— publicada con ocasión de la reunión en Cambridge, en abril de 1930, del Comité Internacional de Ciencias Históricas.

5. Décimo Junio Juvenal (c. 55/60-127), poeta satírico latino. Autor de dieciséis sátiras distribuidas en cinco libros publicados a intervalos entre los años 100 y 127. Los poemas, rebosantes de vívidas imágenes e intensamente mordaces, ofrecen un panorama desolador de la decadencia de la sociedad romana en tiempos de Domiciano, Nerva, Trajano y Adriano. El verso citado por Clark es exactamente el verso primero de la Sátira VII, centrada en torno a las penosas condiciones de vida de los literatos romanos, en permanente procura de financiación: «La esperanza

y el incentivo de escribir radican sólo en el César». Ver Juvenal, *Sátiras*, Madrid, CSIC/Alma Mater, 1996, p. 91.

6. La lección inaugural ha entrado, algunas líneas arriba de esta nota (desde p. 287), y tras un ejercicio de auto-situación desde su mismo arranque (pp. 285-287), en el asunto planteado por su título, la identificación de la tarea del historiador, su alquimia de *scholarship* y *thought*; ha entrado en los asuntos que, desde hace exactamente un siglo, y desde Alemania, se identifican como de 'enciclopedia y método' del oficio, en los asuntos de una *Historik*. Clark conoce bien su Droysen. Clark conoce bien su Guillermo de Humboldt. Aunque sólo sea porque Clark conoce muy bien su Acton. Esa entrada ya se hace, imperceptiblemente, apostando por, y sugiriendo, situarse en la tradición, planteamiento hermenéutico del comprender investigando que apuntara aquella *Historik* (p. 288: estar en la 'mejor disposición para leer a los clásicos de la escritura histórica'). Y lo primero es, asumiendo posiciones de historia universal y hurtando el cuerpo a historias filosóficas y filosofías de la historia, asumir que se trabaja con 'objetivos limitados' (p. 289), observación de una porción particular de la vida 'tal y como está ahí' (p. 289). Clark conoce bien su Ranke. Clark parece incluso rozar un atmosférico Heidegger. El problema es de de-terminación. Decisiones de inclusión y exclusión, de de-finición, demarcación de límites. Y el asunto primero aquí, es el de la periodización, la determinación de periodos cronológicos. Ha empezado bromeando sobre el historiador que rehúye mirar de frente a un problema aduciendo un 'no es mi periodo' (p. 288), y tras plantear que el asunto no es de seguimiento de reglas, por doradas que sean, sino de juicio constructivo, va derecho al ejemplo de la construcción de periodos cronológicos (p. 290). Estamos sobre la nota 6.

La nueva Introducción, ya sabemos que muy ampliada, para la segunda edición, muy reescrita (estamos en 1944-1945; publicación en 1947) de sus *lectures* en Oriel, de 1919 a 1927, y publicadas en 1929 como *The Seventeenth Century*, la 'inauguratio' que le pone en el mapa, y cómo, de la *British historiography*, arranca así, con esta definición del periodo, con esta de-terminación, del siglo: «En algún punto hacia la mitad del siglo XVII, la vida europea fue transformada tan completamente en muchos de sus aspectos que comúnmente concebimos esto como uno de los grandes partaguas de la historia moderna, comparable con el Renacimiento o la Reforma o la Revolución Francesa. Para esta transición, ciertamente, no tenemos ninguna denominación única que podamos escribir con letras mayúsculas, pero reconocemos un cambio de atmósfera entre la primera parte del siglo y la última, un cambio acompañado por tormentas. La Revolución Puritana y la Guerra Civil ocasionaron la ruptura más clara que se ha producido nunca en la continuidad de la historia inglesa. Casi simultáneamente, media docena de países europeos atravesaron un periodo revolucionario, y no debido a una mera coincidencia. Estas revoluciones difirieron en igual medida tanto en sus resultados como en sus circunstancias y causas; en algunos países, dejaron tras de sí monarquías absolutas; en otros, capaces gobiernos republicanos o parlamentarios, pero en todas partes el cambio del viejo mundo al nuevo fue de alguna manera el mismo. En todas partes, se asemejó, más o menos, al movimiento en Francia desde los días sanguinolentos, aun románticos, de Enrique IV y Richelieu y los Tres Mosqueteros al sobrio reinado de la ilustración, en cuyo transcurso los ministros caídos ya no murieron en el cadalso, sino que se retiraron

a sus casas campestres; la violencia al menos era encubierta por maneras refinadas, y el Rey Sol Luis XIV brilló sobre las artes y las letras de una nueva era augustal. Más o menos al mismo tiempo, se produjeron cambios en casi todas las esferas. Tras la ejecución de Carlos I y la Paz de Westfalia, en el plazo de unos pocos años, el largo proceso económico de la revolución de los precios, a cuyo través la riqueza de Europa se había expandido, tocó a su fin, para ser seguido por una nueva fase restrictiva y por nuevos conflictos comerciales entre Estados. Después de dos siglos de avances, hubo una pausa en los descubrimientos geográficos y en la colonización. En el ámbito del pensamiento, Galileo fue censurado a comienzos de siglo y, Newton, idolatrado al final». (Clark, G. N., *The Seventeenth Century* [1929], Oxford, Clarendon, 2<sup>nd</sup> Ed., 1947, p. ix; los sucesivos reprints, desde 1950, paperback desde 1960, conservan la paginación). El historiador arranca reconociendo una herencia de la tradición historiográfica, la carencia de nombre, de de-nominación, para identificar un cambio epocal, y sin a lo que parece empeñarse demasiado en encontrar el nombre, recurre luego a la metáfora de un cambio de atmósfera, tormentas mediante, para identificar la cesura. El párrafo se cierra, tras alusión a otras zonas de experiencia —política, arte— a la zona que precisamente supo transformar la experiencia en experimento, y así consecución de ciencia, con un ‘lo que va de Galileo a Newton’, que no resulta ser el contenido de su ‘ciencia’, una continuación notable, sino lo cambiado de la atmósfera receptiva, una discontinuación sobresaliente. ‘En algún punto hacia la mitad del siglo XVII...’, se dice, y luego para delimitar el siglo se construyen sus articulaciones internas, sin preocuparse de si la delimitación va del XVI al XVII, o del XVII al XVIII. Y precisamente haciéndose cargo de la carencia de nombre, convierte la necesidad de esa carencia en la virtud de no abandonarse a un label interpretativo. El historiador identifica la atmósfera y —aquí con Merriman, *Six Contemporaneous Revolutions*, novedad de 1938— señala las tormentas. ‘En algún punto hacia la mitad del siglo XVII...’ Y punto.

¿Y punto? Literalmente. Esto se aprende, manteniendo las necesarias distancias, de la jurisprudencia. Esto se aprende, decididamente intensificando las distancias, de otras disciplinas cercanas y tentadoras, pongamos la sociología. En 1908 —en ese momento Clark, con 18 años, accede a Balliol, dando comienzo a su aprendizaje universitario— H. A. L. Fisher publica las *lectures* de Historia constitucional inglesa de Maitland, impartidas en Cambridge en 1887/1888. Son *lectures* correspondientes al *Law Tripos*, asunto de derecho, entonces. No se publicaron entonces. Se hace ahora. En el arranque, presentando el ‘Analysis’ o ‘syllabus’ entregado a los alumnos en forma impresa para el seguimiento de las lecciones, se encabeza el texto así: ‘Outline of the course. Sketch of public law at five periods. (I) 1307, (II) 1509, (III) 1625, (IV) 1702, (V) the present day. Reasons for this choice of periods. The first and last sketches will be most thorough’. Un *period*, se dice, es un ‘point of view’. Y si el *point of view* es ‘*inusual*’, se dice, eso puede servir para ‘[to] see familiar fact in new lights —our attempt is to supplement our books of history.’ La provocación está servida. Por materia, *constitutional law*, debió ser entonces libro de cabecera, porque aún en su condición de *opera prima* recapitulaba bien la obra madura de una vida. Maitland había fallecido en 1906. Habrá ocasión de volver a este libro, a la autoridad de su autor. Ahora se apunta simplemente a cómo se apuntaba la cuestión, primera, de



construcción de ‘momentos’ por demarcación de ‘*periods*’. Pero otras autoridades pueden venir al caso, tampoco de historiografía, tampoco de jurisprudencia. Y conviene atenderlas, porque el historiador no opera exactamente como Maitland, pero menos como en el caso de otras matrices cercanas y tentadoras. Pasamos de la jurisprudencia a la sociología, no abandonamos esas fechas inaugurales. En 1906 —en ese momento Clark, con 16 años, accede en Mánchester a su reputada *Grammar School*— un sociólogo de reconocida autoridad procede así para identificar el presente: ‘La cuestión es: ¿Cómo pueden ser posibles libertad y democracia a fin de cuentas bajo la dominación de un capitalismo altamente desarrollado?... El origen histórico de la libertad moderna ha tenido determinadas precondiciones, únicas, que nunca se repetirán como tales. Déjenme enumerar las más importantes: primero, la expansión ultramarina. En los ejércitos de Cromwell, en la asamblea constituyente francesa, en el complejo total de nuestra vida económica actual, se siente esa brisa procedente del océano... pero ningún nuevo continente aparece ya a nuestra disposición’. Así Max Weber. Así la autorización sociológica, en 1906 (cito de versión cercana, *From Max Weber*, trad y ed. H. H. Geerth y C. Wright Mills, Londres, Routledge, 1948, pp. 71-72). La autoridad del historiador es otra. ‘Los ejércitos de Cromwell’, ‘En algún punto a mediados del siglo XVII’: parece lo mismo, pero no lo es. Tras graduación en Balliol (1908-1912), Clark carece de *subject* sobre el que enfocar su vocación de historiador. En All Souls desde 1912, gravita sobre este principiante la autoridad del *scholarship* de un historiador senior, Charles Firth, un experto en Cromwell y su *Protectorate* en marco de *Civil War* y *Commonwealth*. De ahí la sugerencia, abordar las relaciones entre Inglaterra y Holanda, en marco de historia universal. Y, ya se sabe, eso acaba en un estudio sobre la atmósfera de tiempos newtonianos, centrado en la guerra comercial, a tres bandas como poco, de 1689 a 1697. Es el siglo XVII, y son varios siglos XVII. Sin que ‘capitalismo’, ‘absolutismo’, ‘genio’ o ‘libertad’ conduzcan la encuesta. Mejor dejar al XVII sin etiquetas.

Luego, no mucho después, también se sabe, la encuesta, y no de Clark, más bien sin Clark en absoluto, procede, con el paso de los cincuenta a los sesenta buscando en la etiqueta ‘crisis’—desmarcada de su original matriz *médica* para alojarla en el vocabulario de la *economía*— y su remisión a ‘orígenes del capitalismo’, la identificación epocal del siglo y el cambio que con eso se introduce. Tirando del proceder de Weber, o aledaños. O de Marx, o aledaños, si el inductor es Hobsbawm. Ni Trevor-Roper ni Elliott, luego, saben o quieren evitar esas cartas marcadas por Hobsbawm. Hay que esperar a Rabb, a mediados de los setenta, para ver de nuevo citado el libro de Clark, y con ello, con la cita, la articulación del XVII como un tiempo de *struggle for stability* donde su tercio final -el dominio de Clark- se convierte en resolución de un pavoroso problema, a su vez, de definición *de autoridad*. Poco antes de la intervención de Clark, en 1970 y en un libro que hace perfecto *pendant*, para el XVIII, del XVII de Clark, el historiador norteamericano Leonard Krieger hacía partir su narrativa de un segmento cronológico, 1688-1721 —el dominio de Clark, de nuevo, ahora con más Cambridge, con Plumb, de nuevo— de consecución de *estabilidad*, ‘*political stability*’, por paradoja y a su vez abriendo un más pavoroso horizonte de encausamiento de *autoridad*. Con punto de llegada en ‘1789’. Y *period*. de nuevo. La ‘*inauguratio*’ de 1944 apuntaba así, con el desdoble del texto sobre el

siglo XVII, el primer interrogante de una *Historik* propia, allí y entonces *tradicional*, la cuestión de la *periodización*. Más interrogaciones vendrán inmediatamente.

7. En efecto, sin solución de continuidad respecto a lo anterior, el siguiente párrafo de la lección inaugural amplifica el asunto de la *periodización*, abriendo en su seno, en el seno mismo de las implicaciones de la periodización, una grieta que luego se amplificará. La grieta señala una nueva dimensión de la *Historik*, y señala las actividades que puede comprender la atención y la exposición del historiador. El periodo elegido marca, o abre, la posibilidad de nuevas inclusiones y exclusiones. El problema arriba apuntado de la de-terminación del periodo implica inmediatamente otro de de-terminación de *relevancia* respecto a unos asuntos y otros, de *relevancia* de los asuntos, las materias en busca de forma, en la construcción de la secuencia y sus inflexiones. ‘Elegir lo más relevante y omitir lo menos relevante’, se dice, resistiendo el recurso fácil de conversión de ‘fecha’ en ‘periodo’. El jurista —Maitland, por caso— puede convertir la muerte del Justiniano inglés, Eduardo I, en 1307, en marca para un *periodo* desde el que trazar el sketch de su objeto —el derecho, por caso. Lo hemos visto. ¿El historiador *general* puede proceder así? El problema, ya se ha apuntado arriba, es de determinación, decisiones de definición, de señalamiento de límites.

La nueva ‘Introducción’ del libro de Clark sobre el siglo XVII —texto de Clark del que nos estamos sirviendo para glosar a Clark y también inmediatamente detrás del párrafo citado anteriormente— señala una tentación sumamente peligrosa, por *facilidad*, para el historiador de un periodo: «No es difícil agrupar estas cosas conjuntamente y tratarlas a todas como manifestaciones de algún principio gobernador de la historia, como el crecimiento del espíritu del racionalismo o el ascenso del capitalismo. Puede que incluso resulte iluminador emplear frases tan llamativas como ‘matemáticas barrocas’ o ‘economía cartesiana’. Decir que el sistema mercantil, el ascenso de ejércitos permanentes, el descubrimiento del cálculo diferencial y la arquitectura de Sir Christopher Wren estuvieron todos conectados es cierto, y es una advertencia contra la estrechez de miras del especialista que trata la historia económica o la historia militar, o la historia de la ciencia o de la arquitectura como una totalidad autónoma, inteligible por sí misma. Pero un historiador que desee desmembrar la carne de la realidad siguiendo sus articulaciones [*to carve the meat of reality at the joints*] no se sentirá satisfecho con una percepción vaga de que todas estas cosas están conectadas: investigará cómo están conectadas, y cuán estrechamente. El propósito de este libro es examinar algunas de las actividades más importantes del siglo XVII, distinguiendo sus relaciones mutuas y sus lugares en la gran transición. No aspira a cubrir todo el terreno. Por una razón u otra, omite algunas materias no menos importantes que aquellas que incluye, como la agricultura, la familia y la posición de las mujeres, la música, gran parte de la historia del derecho. La disposición no es rígidamente sistemática; por ejemplo, las materias se solapan en muchos puntos. Ni que decir tiene, tampoco el libro se ciñe estrictamente a los límites del siglo cronológico. Para algunas materias, retrocede al siglo XVI o antes, y, para otras, avanza hasta el siglo XVIII, más para algunas materias y menos para otras, tratando así de caracterizar movimientos reales sin difuminar los puntos del tiempo». (Clark, *The Seventeenth Century* [1929], Oxford, Clarendon, 2<sup>nd</sup> Ed., 1947, p. x). Delimitado el periodo, en este caso el XVII, la cosa no es postular

algún principio único ordenador, sino plantearse el cómo de la *conectividad de actividades*. Algunas *actividades* pueden quedar fuera, por diversos motivos. Así, en este libro de 1929/1947, la agricultura, el orden familiar, la condición de la mujer... esto se señala y se lamenta. Y se señala una actividad crucial, a medias desatendida: el derecho, ‘gran parte de la historia del derecho’. A medias, esa desatención, porque no se desatiende, sino atiende centralmente, cuando un capítulo en posición central se dedica al *derecho internacional*. Al derecho que precisamente en este momento inicia un cambio de piel desde un muy formalizado *ius gentium* en tránsito hacia un derecho internacional precisamente inexistente (Clavero). Posición central de ese derecho, y precedido, cartas marcadas para el juego, del ejercicio de ‘historia constitucional comparada’ que es el capítulo anterior, con ese título, precisamente. La *dispositio* del texto sobre el siglo XVII sigue la secuencia de actividades relevantes según la contemporaneidad, la suya, no el de delimitación objetual de historia especiales, las nuestras. Por eso los solapamientos de la cronología. Por eso los *periods* internos al *period* mayor, se multiplican, solapan, entrelazan, a costa de repeticiones y reiteraciones según grado de relevancia, importancia parcial, cada una, irreductibles a principio único alguno. Interesa el cómo, interesa la prioridad que los contemporáneos otorgaban a actividades relacionamente irreductibles. Hay en todo esto la sombra de una lectura llena de admiración hacia Maitland, y nada exenta de distancia respetuosa hacia su objeto. De las historias especiales tratan los siguientes segmentos, ya abiertamente, de esta *Histórica* cantabrigense de tiempo de guerra y vislumbre de postguerra.

8. Sir John Robert Seeley (1834-1895), historiador, clasicista y politólogo liberal. Educado en Christ’s College, Cambridge. *Regius Professor* de Historia Moderna en la Universidad de Cambridge (1869-1895). Padre de la historiografía imperial británica. Uno de los máximos responsables de la profesionalización de los estudios históricos en Inglaterra: el grado en Historia de la Universidad de Cambridge (*History Tripos*) fue creado en 1873, cuatro años después de su acceso a la cátedra, y dos años después de que se estableciese en Oxford un curso universitario análogo, en Historia Moderna (*vid. infra*, n. 24). Imprime a la historiografía cantabrigense una característica preocupación por la teoría política que gozará de amplio recorrido. (A este respecto, ver Alexander, James, «The Cambridge School, c. 1875 - c. 1975», *History of Political Thought*, 37 (2016): 360-386.) Autor de *The Expansion of England* (1883), *Introduction to Political Science* (1896, ed. póstuma), etc.

9. Se acaba de hacer el elenco de historias especiales asomando en el entorno del historiador general. La grieta arriba aludida se convierte en brecha, y algo más que entreabierta, cuando con el agolparse de esa multiplicación de especialidades, se afronta un problema de determinación más sustantivo que los anteriormente mentados: los historiadores pueden ‘*work out interpretations which belong essentially to our novel intellectual outlook*’. Hay una palabra para esto, y es ‘anacronismo’. Precisamente con ocasión del concepto de ‘civilización’, el prólogo ampliado de 1947 se explaya al respecto —y lo hace sabiendo que, al respecto, la cuestión es de dosis aceptable de anacronismo (Butterfield, en 1931, en 1944, es el adecuado metro de medir para todo esto): «No sería desorientador decir que el libro versa sobre la civilización europea en el siglo XVII, pero sería un anacronismo. Nadie que estuviese

viviendo entonces hubiera podido entender exactamente que se quiere significar con este enunciado o su equivalente en cualquier otro idioma. Nadie hablaba entonces sobre la civilización europea, y pocos lo hacían sobre el siglo XVII: estas frases no fueron de curso común hasta más tarde, y ello como consecuencia de cambios en el ámbito de las ideas. Para nosotros, es un asunto cotidiano pensar acerca del pasado como si estuviese dividido en extensiones de cien años, cada uno quizá con un carácter propio. En Inglaterra, este hábito ya se estaba popularizando, y, en el año 1700, se representó la obra *Secular Masque* de Dryden, con sus versos desilusionados:

Todo, todo consistente de principio a fin:  
 (a Diana) Tu persecución tenía una bestia a la vista;  
 (a Marte) Tus guerras nada han aprovechado;  
 (a Venus) Tus amantes fueron todos falsos.  
 Es bueno que una época vieja haya concluido  
 Y tiempo de dar comienzo a una nueva.

Pero incluso en Inglaterra esta manera de pensar era todavía excepcional, y en otros países no parece haber progresado tanto como lo había hecho aquí.

Si la gente no pensaba acerca del siglo XVII como nosotros pensamos acerca del siglo XX, o como algunos contemporáneos del Dr. Johnson pensaban acerca del siglo XVIII, ellos tenían en cualquier caso una concepción clara de la civilización europea. La palabra inglesa ‘civilización’ todavía no se había acuñado, como tampoco habían sido acuñados sus equivalentes más cercanos en otras lenguas; pero el proceso de ‘civilización’ se describía así; su producto a veces se denominaba ‘civilidad’, y los hombres ‘civilizados’ se contrastaban con los salvajes y los bárbaros. La idea tenía sus raíces en este contraste, y desde hacía mucho tiempo formaba parte del patrimonio común del pensamiento. Los conquistadores europeos de América acarrearon consigo no solo la tradición cruzada de la religión verdadera opuesta a la idolatría, sino que eran conscientes de su superioridad en las artes bélicas e industriales, y creían que tenían la misión de imponer la ley y la paz. A lo largo del siglo XVII, hubo hombres, como sin duda todavía los hay, que jamás dudaron que su propia civilización era la única civilización. Esta creencia no siempre adoptó una forma militante. Existe una versión pacífica de la misma en una carta fragmentaria escrita en 1696 por un hombre de negocios inglés:

‘Suponer que el comercio del mundo puede ser conducido por una sola nación, independientemente de lo fuerte que pueda ser, es una gran muestra de ignorancia, todos los monopolios, restricciones comerciales impuestas exclusivamente sobre ciertas compañías, son pensamientos mezquinos que brotan en almas mezquinas y que contradicen el gran plan de Dios Todopoderoso que es civilizar a toda la raza de la humanidad, expandir los intercambios, el comercio, las artes y las manufacturas y, a su través, el cristianismo de polo a polo alrededor de todo el globo de la tierra, y, por ende, estoy seguro de que Dios destruirá todos aquellos planes que son contrarios al suyo, y que arruinará a aquellas naciones y compañías que acaparen para sí sus bendiciones, y se acomunen con el diablo para prevenir o al menos retardar la civilización de...’

En este punto, el manuscrito se suspende, y el resto de la oración ininterrumpida se ha perdido». (Clark, *The Seventeenth Century* [1929], Oxford, Clarendon, 2<sup>nd</sup> ed., 1947, pp. x-xii).

10. Frederic William Maitland (1850-1906), jurista e historiador del Derecho. Educado en Trinity College, Cambridge, donde estudia ciencias morales, y Lincoln's Inn, London. Ejerce como abogado entre 1876 y 1884. Recomendado por el filósofo Henry Sidgwick (1838-1900), su antiguo supervisor en Trinity, es nombrado profesor de Derecho Inglés en la Universidad de Cambridge el 24 de noviembre de 1884. Ocupa la cátedra de Leyes de Inglaterra en la misma Universidad entre 1888 y 1906, año de su temprana muerte. En su Lección Inaugural, significativamente titulada *Why the History of English Law is Not Written* (1888), contrapone los modos de pensamiento jurídico e histórico, y resalta la tendencia al anacronismo ínsita a la mentalidad *common law*. Pionero en la clasificación y edición de materiales históricos medievales del *Public Record Office*, contribuye, asimismo, un volumen a los *Rolls Series* (253 vols., 1858-1911) que editara William Stubbs (1825-1901) (*vid. infra*, n. 24) entre 1863 y 1890: *Memoranda de Parlamento* (1893). Funda, en 1886, la *Selden Society* para la expansión y difusión de conocimiento de historia del derecho inglés, para cuyo servicio de publicaciones edita ocho tomos de textos y documentos entre 1888 y 1907, ya póstumamente: *Select Pleas of the Crown* (1888), *Select Pleas in Manorial and other Seigniorial Courts* (1889), *Select Passages from the Works of Bracton and Azo* (1895), etc. Ante todo un jurista, de su producción historiográfica no se desprende, como sí se desprende de la de Stubbs, una narrativa general a propósito del desenvolvimiento de la constitución inglesa: sus trabajos de historia del Derecho se ocupan del desarrollo preciso de instituciones gubernamentales, públicas, con base en el análisis minucioso de terminología legal. Autor de *The History of English Law before the Time of Edward I* (2 vols., 1895), con Sir Frederick Pollock (1845-1937); *Domesday Book and Beyond* (1897), [Henry de] *Bracton's Note-Book* (3 vols., 1897), *Township and Borough* (1898), *Roman Canon Law in the Church of England* (1898), *The Constitutional History of England* (1908, ed. póstuma), etc. En 1911, el historiador H. A. L. Fisher (1865-1940), quien fuera su amigo y cuñado, edita *The Collected Essays of Frederic William Maitland* (3 vols.). Asimismo, es Maitland traductor y editor de una sección del tercer tomo de la monumental reconstrucción histórico-jurídica de la singladura del derecho germánico de corporaciones —*Das deutsche Genossenschaftsrecht* (4 vols., 1868-1913)— del jurista alemán Otto von Gierke (1841-1921): *Political Theories of the Middle Age* (1900) [hay trad. esp.: Madrid, 1995]. Artífice del paradigma del Estado pluralista en Inglaterra, mediante el cual ansía compatibilizar la existencia del moderno Estado administrativo con el libre discurrir institucional de corporaciones y cuerpos profesionales dotados de vida jurídica y legitimidad histórica propias, visión que ejemplifican ensayos como 'The Corporation Sole' (1900), 'The Crown as Corporation' (1901) o 'The Unincorporate Body' (1901-1903, publicado póstumamente en 1911). Entre sus epígonos 'pluralistas' se cuentan los teóricos John Neville Figgis (1866-1919) (*vid. infra*, n. 23), Sir Ernest Barker (1874-1960), G. D. H. Cole (1889-1959) y Harold Laski (1893-1950). (Sobre esta cuestión, ver Runciman, David, *Pluralism and the Personality of the State*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.)



11. James Clerk Maxwell (1831-1879), físico escocés. Origen aristocrático. Educado en la Universidad de Edimburgo y en Trinity College, Cambridge. Catedrático de Filosofía Natural en Marischal College, Aberdeen (1856-1860). Catedrático de Física y Astronomía en King's College, London (1860-1868). Catedrático de Física Experimental en la Universidad de Cambridge (1871-1879). Padre de la moderna teoría del electromagnetismo. Autor de *A Treatise on Electricity and Magnetism* (1873). Supervisor de las obras de construcción del Laboratorio Cavendish. Ver la edición de textos, precedidos por una larga introducción, a cargo del profesor José Manuel Sánchez Ron: Clerk Maxwell, James, *Escritos científicos*, Madrid, CSIC, 1998.

12. Henry Thomas Buckle (1821-1862), historiador. Extracción social acomodada. Sin educación superior formalizada. Infatigable viajero y estudioso. Bajo el influjo de la filosofía positivista de Auguste Comte, elabora una teoría general de la civilización, que expone en el primer tomo, crítico-metodológico, de su *History of Civilization in England*, publicado en 1857. El segundo volumen, dado a la imprenta en 1861, se ocupa de los casos históricos de Escocia y España. La muerte le sorprende un año más tarde en el transcurso de un viaje de esparcimiento por Oriente Medio, de manera que jamás pudo escribir el esperado tomo sobre Inglaterra.

13. Karl Marx (1818-1883), filósofo y sociólogo renano. Educado en las universidades de Bonn y Berlín. Publica el primer tomo de *Das Kapital* en 1867, cuatro años antes de la impartición de la Lección Inaugural de Maxwell que Clark cita en su propia alocución. Valdrá la pena subrayar que el determinismo materialista de signo fatalista pertenece antes a la recepción y vulgarización de la interpretación marxista de la historia que al pensamiento original de Marx, para quien los seres humanos configuran la historia mediante la fuerza creadora del trabajo, si bien en condiciones materiales que no han elegido.

14. Se viene de citar cuatro veces a Maitland. Las cuatro en un segmento que plantea, en el elenco de historias especiales, y como concernimiento central del historiador 'general', de su historia 'integral', la identificación nuclear de la 'historia política y constitucional'. La lección inaugural comenta, llanamente para su auditorio en 1944, una lección inaugural a esas alturas legendaria, la que impartiera como *Downing Professor of the Laws of England* allí mismo Maitland, *Why the history of English Law is not written*, en 13 de octubre de 1888. Y ese diálogo, con su respeto y su distancia, que lo es respecto a 'Law', se despliega sabiendo que se tiene cerca, muy cerca, a otro clásico, vivo, precisamente como historiador 'general' concernido por 'constitution' como asunto propio: Charles H. McIlwain, *visiting professor* en Oxford, y *Honorary Fellow* en Balliol, en ese mismo preciso 1944. Que 'Europa' es asunto de invención 'política', es lo que plantea el prólogo ampliado de 1947: «Incluso cuando se escribió, a mucha gente le hubiera parecido anticuada y provinciana, pues la idea de civilización, por un lado cristiana y, por el otro, material, estaba dejando paso a la idea de una civilización europea, una entre otras en la sucesión del tiempo y una entre otras sobre la faz de la tierra. Un hilo en la idea tradicional de civilización había sido el que la unía con las antiguas Grecia y Roma, y una manera en la que los hombres del periodo expresaron su sentimiento de superioridad fue copiar el lenguaje y los sentimientos de los antiguos.

Un Alma Romana está inclinada hacia puntos de vista más nobles:  
 Civilizar el Mundo rudo y sin pulir  
 Ponerlo bajo la Restricción de las Leyes;  
 Hacer al Hombre templado y sociable hacia el Hombre;  
 Cultivar al brutal, licencioso Salvaje  
 Con Sabiduría, Disciplina y Artes Liberales,  
 Los Embellecimientos de la Vida: Virtudes como estas  
 Hacen brillar a la Naturaleza Humana, reforman el Alma,  
 Y transforman a nuestros fieros Bárbaros en Hombres.

Pero el carácter romano es asumido tanto más confiadamente en estas líneas cuanto que, a estas alturas, se aceptaba generalmente que la nueva era poseía una grandeza propia, comparable con la del mundo antiguo, aunque diferente. Una larga controversia literaria en punto a los méritos rivales de los antiguos y los modernos había concluido con una estimación complaciente de al menos las ciencias y las artes modernas. Y la actitud prevalente hacia la civilización había cambiado en muchas más cosas además de en esta reverencia disminuida respecto de sus predecesores. A partir de los primeros estudios serios sobre los indios americanos realizados por misioneros franciscanos y jesuitas, se había desarrollado gradualmente un respeto hacia lo que de bueno había en sus formas de vida, hasta que, a fines del siglo XVII, los hombres primitivos como tales parecían poseer virtudes propias. Los teóricos políticos adoptaron una visión favorable del estado de naturaleza, 'cuando asilvestrado en los bosques el noble salvaje corría'. Incluso Addison, tras los versos que hemos citado, permitió a un impenitente bárbaro replicar:

¿Qué son estas maravillosas Artes civilizatorias,  
 Este Romano Lustre, y este delicado Comportamiento,  
 Que vuelven al Hombre así dócil y amansado?  
 ¿No están solamente para ocultar nuestras Pasiones ...  
 En suma, para convertirnos en Criaturas distintas  
 De como nuestra Naturaleza y los Dioses nos diseñaron?

Había un naciente escepticismo con respecto a las reivindicaciones de la civilización, y, al mismo tiempo, esas reivindicaciones se enunciaban más moderadamente y más maduramente.

Que la civilización en sí se viese de otra manera era, en parte, el resultado de un cambio en la perspectiva geográfica. Aunque al principio del siglo los escritores políticos a menudo escribieron acerca del mundo cristiano como una unidad a la que pertenecían, estos escritores tenían poco que ver con las antiguas comunidades cristianas de Asia y África, y comenzaron a hablar de sus instituciones, principios y hábitos distintivos como europeos. Grocio, por ejemplo, escribió que reglas como la que prohíbe el uso de flechas envenenadas no eran universales, pero sí eran observadas por las naciones europeas. En la época de Luis XIV, todos los partidos escribieron oficialmente acerca de Europa como una entidad política: sus oponentes dieron batalla en nombre de las libertades de Europa, y Luis, de cuando en cuando, 'juega à propos de donner la paix à l'Europe'. Esta Europa no era un área definida, ni tan siquiera un área invariable. Los geógrafos trazaron su límite no en los Urales,

como nosotros, sino en el río Don, como los antiguos griegos, pero, dondequiera que se supusiera que el continente geográfico terminaba, dos grandes estados, el ruso y el turco, eran tanto europeos como asiáticos. Turquía y sus territorios dependientes norteafricanos estaban nominalmente fuera del sistema político europeo, pero, en la práctica, participaban de él, y más plenamente a medida que avanzaba el tiempo. Uno de los cambios más trascendentales del siglo fue el desvanecimiento de las diferencias entre Rusia y los países de Occidente, que culminó en el terremoto de Pedro el Grande; y la línea que separa Rusia de Occidente nunca había sido tan nítida como la línea divisoria entre la Cristiandad y el Islam. Sin embargo, a pesar de que su extensión nunca se fijó, Europa occidental y central era el territorio de una común tradición religiosa, de gobierno y cultural. Dentro de ella, las interrelaciones de todo tipo eran comparativamente fáciles: la estructura de clases, relaciones legales, organización económica, las artes y las ciencias era lo suficientemente parecida como para distinguir esta región del resto del mundo». (Clark, *The Seventeenth Century* [1929], Oxford, Clarendon, 2<sup>nd</sup> Ed., 1947, pp. xii-xiv).

15. Luciano de Samósata (c. 120-181), retórico y escritor satírico en lengua griega de origen sirio. A fines de los años 50 del s. II, tras un largo periplo, fija su residencia en Atenas, donde amplía su formación clásica y escribe sátiras en forma de diálogos platónicos donde combina prosa y verso, en la estela de Menipo de Gadara, mezcla fantasía cómica y realidad, y satiriza la vida intelectual de su tiempo. En *Subasta de vidas*, por ejemplo, arremete contra la vulgarización y empobrecimiento de las tradiciones filosóficas helenísticas en manos de continuadores y epígonos inhábiles. La frase griega extractada por Clark procede del fragmento número 34 de la epístola *Cómo hay que escribir la historia*: «Afirmo, pues, que el que escribe historia excelentemente se presenta trayendo de casa estas dos cualidades importantísimas: comprensión de la política y fuerza interpretativa». Ver Luciano, «Cómo hay que escribir la historia», en *Obras*. IV, Madrid, CSIC/Alma Mater, 2007, p. 229. Luciano exalta a Tucídides (c. 460-396 a.C.) como epítome de la honestidad, imparcialidad y devoción a la verdad que el trabajo de inquisición histórica exige.

16. Francis Macdonald Cornford (1874-1943), classicista e historiador de la filosofía. Educado en Trinity College, Cambridge. Fellow de Trinity College (1899-1943). Catedrático de Filosofía Antigua en la Universidad de Cambridge (1931-1939). Miembro, junto con Jane Ellen Harrison (1850-1928), Gilbert Murray (1866-1957) y Arthur Bernard Cook (1868-1952), de los 'Ritualistas de Cambridge', grupo de classicistas a quienes aúna un hastío y desencanto ante la preponderancia de la aproximación filológica a los estudios clásicos en Cambridge, así como una preocupación idiosincrásica por los fundamentos míticos del decir relevante griego. En *Thucydides Mythistoricus* (1907), se propone dismantelar la presumida 'objetividad' de la *Historia de la guerra del Peloponeso* con base en la plena vigencia, en la Grecia del siglo V a.C., de formas de pensamiento mítico-poéticas; la indisponibilidad de nociones modernas de causalidad histórica, o la pregnancia del esquema dramático de la tragedia esquílea. Autor, asimismo, de *Before and After Socrates* (1932) [hay trad. esp.: Barcelona, 1980], *Plato and Parmenides* (1939) [hay trad. esp.: Madrid, 1989], *Principium Sapientiae: The Origins of Greek Philosophical Thought* (1952, ed. póstuma) [hay trad. esp.: Madrid, 1988], etc.

17. En este punto, se contenta Clark con sugerir la posibilidad de que Luciano de Samósata ya fuera lector de Ranke (en fragmento 39 de la carta citada, se apunta que ‘Una sola es la tarea del historiador: decir cómo sucedió’, p. 232 ed. cit.), y con lo de ‘cumbres y abismos del destino’, demostrar que él, a su vez, tenía bien leído su Meinecke —en concreto, el Meinecke que en 1928 disertaba sobre ‘*Kausalitäten und Werte in der Geschichte*’. El prólogo ampliado de 1947 se explaya, en un ejercicio de ‘orientalismo’ en miniatura, en subrayar la eclosión de ‘Estados’ que ejecutan la rítmica compositiva de ‘Occidente’, trascendiendo y conservando ‘religión’ en el entretanto. (De Newton, a Clark le había interesado, 1937, y es revelador, la ‘política’ de su ‘ciencia’, y no ‘sociología’ de ésta alguna): «Su interrelación con el Este nunca se había interrumpido completamente desde los días de las Cruzadas, y, en el siglo XVII, entró en uno de sus más estimulantes periodos. Los fabricantes de porcelana china de Delft tomaron sus patrones de porcelanas orientales. Calicós impresos de la India eran imitados en los bancos del Wandle y del Sena. Los nombres de porcelana china y calicó en sí mismos son recordatorios de esto. Así también lo son otros nombres como ‘chintz’, que es índico, ‘té’, del chino, ‘gingham’ y ‘gong’, del malayo, todos los cuales fueron introducidos en este momento. Estando en guerra con Francia, el rey Carlos II intentó introducir el traje persa en reemplazo de modas francesas en su corte: la tentativa fracasó, pero fue un signo de los tiempos. No mucho tiempo después, artesanos en Francia e Inglaterra estaban imitando patrones de colores barnizados y teñidos de la China y Japón. En las artes plásticas no era tan fácil injertar maneras orientales en formas occidentales, pero la curiosidad de Occidente resultó estimulada. Había en Holanda retratos chinos en la década de 1590; Rembrandt copió dibujos mogoles.

En literatura, la curiosidad no fue solamente estimulada; resultó ricamente gratificada. En el siglo XVII, los estudios orientales, en las esferas de los idiomas y la historia, comenzaron a florecer en Inglaterra, Francia y Holanda. En 1704, la traducción francesa, de Galland, de las *Mil y una noches*, enriqueció de súbito la imaginación de Occidente con un nuevo tesoro de magia y humor. El Este se volvió romántico. Pero antes de esto se había producido un cambio más profundo entre los líderes del pensamiento. Entre varios impulsos a los estudios orientales en las universidades, el más fuerte fue la relevancia de las lenguas semíticas para los estudios bíblicos. Algunos de los textos árabes más importantes fueron impresos. El marco de la historia islámica empezó a ser conocido, y más que el marco. Al mismo tiempo, el pensamiento chino y la sociedad china eran objeto de veneración. Aquí también, el cambio, largamente preparado, se hizo patente hacia la mitad de la centuria. Desde hacía mucho tiempo, misioneros católicos habían reconocido en muchas partes del mundo que los ritos de los paganos eran en cualquier caso religiosos, y el catolicismo estaba mejor preparado que el protestantismo para apreciar el valor positivo de las religiones primitivas y orientales. El gran científico inglés Robert Boyle, que de muchas maneras era típico del periodo de transición, sabía cuánto podía aprender un hombre estudioso que era además director de la Compañía de las Indias Orientales, y encontró mucho que admirar en las artes y la destreza del Este. Escribió acerca de ‘las naciones más civilizadas del mundo (como antiguamente los griegos y romanos y, ahora, los chinos y los indios orientales)’. Sin

embargo, fue un entusiástico defensor de las misiones protestantes y no incluyó ni al islam ni al confucianismo en la civilización que elogiaba. En un plazo muy corto de tiempo, ambos estaban influyendo sobre el pensamiento de ingleses incluso más que sobre el pensamiento de católicos continentales.

En Oxford, en los últimos treinta años del siglo XVII, se publicaron dos ediciones de una fábula medieval árabe que se hizo famosa bajo el título, *Philosophus Autodidactus*. Es la historia de un hombre que fue criado en una isla donde no había otro ser humano. Descubrió por sí mismo todo lo que de importante hay en la ciencia y la filosofía y la teología. Hoy en día, este libro de la selva intelectual es interesante como un ejemplo de la influencia del pensamiento griego entre los místicos de la España mahometana, pero en el siglo XVII alentó reflexiones inquietantes. A pesar de los comentarios despreciativos de su traductor anglicano, imprimió a alguna gente con la autenticidad del 'entusiasmo' no cristiano, y a otros con la concordancia entre la religión no revelada en el Este y en el Oeste. Esta última conclusión fue extraída, más o menos al mismo tiempo, de la fuente todavía menos prometedor de los clásicos chinos. En 1687, se publicó una traducción latina de las *Analectas* de Confucio: junto con las obras de viajeros y algunas otras traducciones, le permitió a mucha gente juzgar las doctrinas chinas por sí misma. Así, de diversas maneras, el estudio de la literatura oriental animó la tendencia, a la que la ciencia y muchos otros factores habían contribuido, a buscar una religión natural generalizada tras de la diversidad de credos.

En un tiempo en el que la religión todavía se pensaba un elemento de la civilización, se trataba no pocas veces de una religión racional y ética antes que de una religión 'misteriosa', si bien todavía prevalecía la creencia de que la civilización occidental era cristiana, en el sentido de que 'ninguna Comunidad se ha mantenido nunca ni puede mantenerse sino sobre una base de Religión', el 'Cemento de la Sociedad'. Había nuevas filosofías de moralidad pública y privada profanas, como sin duda habían existido durante mucho tiempo códigos de honor que, o bien eran independientes del cristianismo, o bien solo se adherían a él superficialmente. No obstante, de un modo más estricto, era evidente que, de hecho, la sociedad se basaba en la religión. Si nos preguntamos cómo fue que la sociedad europea no sobrevivió meramente por entre la desvergonzada deshonestidad, avaricia, ambición, odio, crueldad e hipocresía de aquella edad, sino que realmente produjo tanto que era generoso y noble, no basta con replicar que había 'operativos ideales' de justicia, verdad y humanidad. Había pocos que pudieran justificar tales principios especulando sobre moralidad en abstracto, o calculando racionalmente ventajas sociales, y vivían entre millones de personas para quienes no existía una moralidad efectiva más allá de los preceptos de una religión que regía por medio de sanciones sobrenaturales a través de creencias elaboradamente sistematizadas e instituciones poderosas. En cada momento en el que era probable que los hombres retornaran al salvajismo y la barbarie, y en muchos otros momentos en los que el hombre natural probablemente no alcanzaría su mejor versión, la religión, satisfactoriamente o no, salía al rescate. El testigo en las cortes de justicia hacía un juramento. Así mismo lo hacía el soldado, el estadista, el juez, el rey. Parlamentos, ejércitos y armadas, puestos comerciales, hospitales y colegios mayores disponían de sus capellanes



y oraciones. No eran estas meras supervivencias: era imposible llevar a cabo los negocios del mundo sin estas cosas.

Nunca había existido una unidad de la Cristiandad segura frente a las herejías y los cismas, y, desde la Reforma, escépticos o sectarios habían cuestionado o rechazado todos los artículos de fe. Todas las revoluciones eclesiásticas habían reaccionado con respecto a los asuntos de los Estados. Las relaciones de las autoridades eclesiásticas y seglares habían mudado en todas partes, pero de formas muy distintas en lugares diferentes. La autoridad internacional del papado retrocedía en un momento en el que los Estados separados en sí mismos cada vez eran menos parecidos. Durante mil años, había existido una multitud de ellos, de distintas formas y tamaños y caracteres; todo el tiempo habían estado fusionándose o dividiéndose, cada uno triunfando o fracasando en la lucha por perpetuar su existencia individual. Ciertamente, ni estaban aislados ni eran totalidades autónomas; su mera multiplicidad lo hacía imposible. Estadistas, eclesiásticos, soldados y académicos transferían su alianza de un Estado a otro. Cuanto más pequeño era un Estado, tanto más cosmopolita debía ser. Un duque alemán no podía gobernar su insignificante principado sin involucrar a oficiales del otro lado de la frontera, y los caballeros de San Juan hubieron de reclutar la guarnición de Malta de entre la nobleza rural católica de toda Europa. Los Estados pequeños, atraídos por los éxitos y la eficiencia de sus vecinos más poderosos o bien intimidados para que asumiesen una posición de aquiescencia con respecto a sus demandas, a menudo eran más imitativos que excéntricos. Así, había amplias diferencias tipológicas, como por ejemplo entre los Estados parlamentarios o republicanos y las monarquías absolutas. Pero cada Estado se esforzaba por mantener algún carácter propio». (Clark, *The Seventeenth Century* [1929], Oxford, Clarendon, 2<sup>nd</sup> Ed., 1947, pp. xiv-xviii).

18. George Macaulay Trevelyan (1876-1962), historiador. Hijo de Sir George Otto Trevelyan (1838-1928) (*vid. infra*, n. 26). Educado en Trinity College, Cambridge. Fellow de Trinity College (1896-1903). Académico independiente entre 1903 y 1927. *Regius Professor* de Historia Moderna en la Universidad de Cambridge (1927-1940). Master de Trinity College (1940-1951). Leal continuador, en una era de creciente profesionalización, la representada por un J. B. Bury (1861-1927) (*vid. infra*, n. 25), de la tradición victoriana inglesa de historiografía, de inspiración literaria y consolidada a mediados del siglo XIX por su tío abuelo, Thomas Babington Macaulay (1800-1859). Especialista en historia del *Risorgimento* y maestro de historiadores: J. H. Plumb (1911-2001), Denis Mack Smith (1920-2017), etc. Autor de una vasta obra insuflada de respetabilidad victoriana y pesimista nostalgia que goza de una amplísima popularidad entre el público lector general de la época: *Garibaldi's Defence of the Roman Republic*, 1848-49 (1907), *History of England* (1926), *England under Queen Anne* (3 vols., 1930-1934), *The English Revolution, 1688-89* (1938) [hay trad. esp.: México, 1951], *English Social History: A Survey of Six Centuries, Chaucer to Queen Victoria* (1942), etc.

19. Robert Browning (1812-1889), poeta victoriano. En su poesía destacan fuerza imaginativa, penetración psicológica, densidad argumentativa y procedimiento elíptico-irónico. Su forma predilecta son los largos monólogos dramáticos en los que sucesivos personajes exponen su versión sobre un núcleo de hechos desde

sus respectivos puntos de vista y circunstancias personales, revelando, en ello, por inferencia, la fisonomía de su personalidad moral. Los versos citados por Clark proceden de su obra magna, *The Ring and the Book* (1868-1869), largo poema dramático en verso libre centrado en torno al procedimiento judicial de un asesinato cometido en Roma en el año 1698. Ver Browning, Robert, *The Ring and the Book*, Boston–Nueva York, Houghton, Mifflin & Co., 1899, p. 17 [hay trad. esp.: Barcelona, 2008]: «*I can detach from me, commission forth / Half of my soul, which in its pilgrimage / O'er old unwandered waste ways of the world / May chance upon some fragment*».

20. John Churchill, I Duque de Marlborough (1650-1722), general y estadista. Recibe una formación cortesana y militar. De resultados de su buen desempeño durante la tercera guerra anglo-holandesa (1672-1674), es promovido en el ejército y medra en la corte de Carlos II, máxime tras contraer nupcias, en 1678, con Sarah Jennings, asistente de la princesa Ana, si bien en las postrimerías de la Revolución Gloriosa (1688-1689) es acusado de participar en una conspiración para reinstaurar en el trono a Jacobo II y debe rehacer fatigosamente su posición. En 1701, poco antes de morir, el monarca Guillermo III le encomienda proseguir el combate contra las pretensiones expansionistas de Luis XIV, ahora en el marco de la crisis sucesoria española. Artífice de la Gran Alianza antifrancesa y comandante de las tropas angloholandesas, lidera diez campañas consecutivas. Vencedor de Blenheim (1704), Ramillies (1706) y Oudenaarde (1708). A pesar de los éxitos militares cosechados, la creciente impopularidad de la guerra entre el electorado inglés; el ascenso de la facción tory, de marcado signo antibelicista, y el empeoramiento de las relaciones entre Lady Marlborough y la reina Ana, hasta llegar a la ruptura, ocasionan su caída en desgracia en 1711. En 1714, recupera el favor real con ocasión de la entronización de Jorge I, mas enseguida cae enfermo.

21. William Wordsworth (1770-1850), poeta romántico. Educado en St John's College, Cambridge, si bien enseguida subordina el trabajo académico a su vocación de creación literaria. En el verano de 1790, visita la Francia revolucionaria, convirtiéndose en un ferviente republicano, aunque, con el paso de los años, evoluciona hacia posiciones conservadoras. Poco antes del estallido de la guerra de la Primera Coalición (1792-1797), regresa a Inglaterra y vive en Londres sumido en la pobreza en compañía de 'radicales' como William Godwin (1756-1836). En 1795, gracias a la ayuda económica prestada por un amigo, se muda con su hermana a una casa de campo en las cercanías de Bristol, donde entabla amistad con Samuel Taylor Coleridge (1772-1834) y se entrega plenamente a la ensoñación poética. Los dos amigos componen juntos *Lyrical Ballads* (1798) [hay trad. esp.: Madrid, 2001], cuya publicación desencadena el momento romántico en la historia de la cultura en Inglaterra. Aquí, el programa romántico comporta la emersión de una nueva idea de la Naturaleza como anagrama de la mente humana y emblema de la divinidad, así como la orgullosa proclamación de la centralidad y radicalidad del modo de experiencia poético. En su obra magna, *The Prelude; or, Growth of a Poet's Mind* (1850, ed. póstuma) [hay trad. esp.: Madrid, 1980], largo poema autobiográfico escrito y reescrito a intervalos durante casi medio siglo, Wordsworth surca los confines de su conciencia propia y transforma la modalidad poética de reminiscencia que venía cultivando desde 'Tintern Abbey', poema corto incluido en *Baladas líricas*,

en hermenéutica comprensiva, habilitando así el tratamiento puramente historio-gráfico del problema. (Sobre esta cuestión, ver Forbes, Duncan, *The Liberal Anglican Idea of History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1952.)

22. Y último aviso de esta *Historik*, en menos que perfil, en apunte inaugural: viene en el cierre del párrafo anterior, segmento sobre intensificación de la centralidad de la historia política. Aquello de la ‘política’ resulta que resuelve en atención a ‘la voz de la poesía’ —por decirlo con Oakeshott— en componente paradójico esencial de la tarea del historiador. ‘Dramaturgo trágico’, se dice, ‘imaginación creativa’, se remacha, ‘educación liberal’ —de nuevo Oakeshott— se apunta cuando se progresa hacia ‘nuestra herencia’. El prólogo de 1947, que ahora citamos para comentar a Clark, ya agotando su texto, avisa de estas cosas de la relación entre lengua poética, política, y oficio de historiar. Sabe, sencillamente, convertir la advertencia respecto al anacronismo que supondría dar una centralidad a ‘etnicidad’ y ‘lenguaje’ en el aflorar de una constelación de formas políticas ‘estatales’, en apropiación del asunto de lengua como herramienta metódica crucial en el desempeño de ese oficio. Asunción de la lectura de la ‘gramática y léxico’ de una civilización, antes este apunte, muy antes, de cualquier ‘giro’ ulterior hacia el lenguaje. Esto, en 1944. «Comparados con los Estados del presente, los del siglo XVII contaban con métodos mucho menos efectivos para moldear a una comunidad, pero todos ellos usaban aquellos recursos que tenían a su disposición. Hacían desaparecer o excluían a personas que estimaban indeseables: como veremos, gran parte de la historia del siglo giró en torno a la apertura o cierre de puertas a mercaderes forasteros o refugiados, a medida que la política concerniente a la economía u otros asuntos oscilaba entre el liberalismo y la exclusión. Algunas veces, un Estado expulsaba o reprimía a un grupo de sus propios ciudadanos que simpatizaba con un enemigo o que criticaba una ‘ideología’ puesta al servicio de los propósitos de defensa o agresión. Todos ‘condicionaron’ a sus ciudadanos mediante la educación, su control de la información, la propaganda, así como la disciplina regular de la ley. Sus servicios de inteligencia y su policía eran rudimentarios, pero implacables. Incluso los gobiernos más tolerantes imprimieron boletines, subvencionaron a panfletistas y modularon los púlpitos.

Sus objetivos inmediatos al hacer todo esto eran muy complejos y variaban de un estado a otro. Todos eran Estados territoriales, reclamando autoridad sobre los habitantes de un área geográfica. Esto significaba que cada comunidad tenía una base económica y ‘cultural’, y tenía que usar una lengua local, o varias de las lenguas locales, para llevar a cabo propósitos comunes. Cada comunidad tenía como substrato un número mayor o menor de los elementos históricos y ‘raciales’ que, tomados conjuntamente, componen la nacionalidad. El racialismo, la política lingüística, el orgullo nacional y las animosidades jugaron un papel en la historia, pero de ninguna manera un papel tan importante como desde entonces han jugado. Todos estos elementos resultaban complicados y oscurecidos por el carácter personal de las lealtades feudales y por monarquías que a menudo eran dinásticas y no se identificaban con sentimientos nacionales. Sobre todo, se hallaban confusamente interpenetradas por la religión. Las lenguas y las nacionalidades rara vez eran oprimidas, salvo si eran las de disidentes religiosos. El caso extremo de persecución racial fue el de España, de donde los judíos y los moriscos fueron expulsados.

La persecución fue debida a muchos factores, como la reciente conquista de elementos extraños, circunstancia que hacía de España un país como ningún otro, y la amenaza real de que estados hostiles pudiesen maquinarse aprovechando su descontento; pero la motivación religiosa fue decisiva en ella, y en el corazón del sistema de censura y gobierno absoluto estaba la Inquisición. En el otro extremo, a finales del siglo XVII, se encontraban Inglaterra y Holanda, donde ningún hombre europeo era excluido debido a su raza, donde la expresión y el culto eran libres y donde el gobierno era constitucional. Pero incluso estos Estados, a pesar de que admitían a disidentes y extranjeros dentro de sus fronteras, trazaban una línea más estrecha alrededor del *pays légal* de los plenamente privilegiados, a quienes en régimen de exclusividad se les permitía participar, siquiera indirectamente, del gobierno. Discriminaban entre los ciudadanos activos y pasivos por diversos motivos, entre los cuales los estándares de propiedad no eran los menos importantes, pero la línea era parcialmente religiosa. Aquí también los judíos estaban excluidos de funciones políticas y de algunas clases de actividad económica y oportunidad educativa. Así también lo estaban los católicos y algunos sectarios protestantes.

Ni siquiera la diversidad de los Estados destruyó la unidad subyacente de la civilización. Era como un lenguaje que una gente hereda de la antigüedad remota, semejante a algunos otros lenguajes, enriquecido por préstamos, pulido mediante reformas intencionales, pero repleto de irregularidades y modismos, de las reliquias de experimentos exitosos y fracasados. Como una lengua, era un vínculo entre hombres y mujeres individuales; tenía sus estándares de uso, y un 'genio', una cualidad y expresividad propias que hacían que la gente estuviese orgullosa de ella, dispuesta a conformarse a ella. Una lengua puede ser expuesta en libros, tales como gramáticas y diccionarios e historias. Nadie usa todas las palabras del diccionario ni todas las formas de la gramática, y mucho menos las usa todas correctamente, y el lenguaje no vive en estos libros, sino en las mentes de hombres, mujeres y niños, en su prosa y poesía, su oratoria, su conversación y sus canciones, en los dialectos y jergas y jergonzas. De manera que la civilización del siglo XVII vivía en los pensamientos y las acciones de seres humanos, mas nosotros podremos razonablemente tratar de analizar su vocabulario y su gramática». (Clark, *The Seventeenth Century* [1929], Oxford, Clarendon, 2<sup>nd</sup> Ed., 1947, pp. xviii-xix).

23. John Emerich Edward Dalberg Acton, Lord Acton (1834-1902), historiador y político liberal. Origen aristocrático. Educado en el seminario católico de Oscott, a la sazón dirigido por el cardenal Wiseman (1802-1865), uno de los máximos impulsores del *revival* católico en la Inglaterra victoriana (*vid. infra*, n. 24), y en la Universidad de Múnich, bajo la supervisión de Johann Joseph Ignaz von Döllinger (1799-1890), historiador eclesiástico, sacerdote católico y arquitecto, en respuesta a la definición dogmática de la infalibilidad papal durante el Concilio Vaticano I (1869-1870), del movimiento de los católicos antiguos, que no aceptan el veredicto conciliar. En Múnich, se familiariza con los estándares de la crítica histórica alemana asociada al nombre de Leopold von Ranke (1795-1886). Visita algunos de los principales archivos históricos europeos, y escribe un gran número de ensayos y reseñas en los que, amén de contribuir a la iluminación del curso de la historia europea desde la Reforma protestante hasta la Revolución francesa con base en documentación

archivística, pone su formación histórica al servicio del catolicismo liberal, contrario a las tesis ultramontanas, que ansiaba difundir en Inglaterra, bajo la inspiración de Döllinger. Proyecta una *Historia de la Libertad*, que nunca escribe. Maestro de G. P. Gooch (1873-1968) (*vid. supra*, n. 3). Miembro de la Cámara de los Comunes por el Partido Liberal entre 1859 y 1866, y consejero y amigo de William Gladstone (1809-1898) (*vid. infra*, n. 26). Fundador de la *English Historical Review* (1886), para cuyo primer número escribe un artículo historiográfico sobre las ‘escuelas históricas alemanas’. *Regius Professor* de Historia Moderna en la Universidad de Cambridge (1895-1902). Planificador, en 1896, de la *Cambridge Modern History* (14 vols., 1902-1912), ‘historia universal’ que dirigen, tras su muerte, los historiadores A. W. Ward (1837-1924), G. W. Prothero (1848-1922) y Stanley Mordaunt Leathes (1861-1938). (Se dispone de una excelente reconstrucción de la operación historiográfica realizada por el propio Clark. Ver Clark, G. N., «The Origin of the Cambridge Modern History», *The Cambridge Historical Journal*, 8:2 (1945): 57-64.) Autor de *A Lecture on the Study of History* (1895). Dos discípulos, John Neville Figgis (1866-1919) (*vid. supra*, n. 10) y Reginald Vere Laurence (1876-1934), editan cuatro recopilaciones de ensayos, lecciones y reseñas con posterioridad a su muerte: *Lectures on Modern History* (1906), *Historical Essays and Studies* (1906), *The History of Freedom and Other Essays* (1907) y *Lectures on the French Revolution* (1910). Existe una edición crítica española de textos preparada por la profesora Paloma de la Nuez: Acton, Lord, *Ensayos sobre la libertad y el poder*, Madrid, Unión Editorial, 2011.

24. Todavía a la altura de mayo de 1944, el sintagma ‘escuela histórica de Oxford’ no podía por menos de seguir gozando, entre la aristocracia intelectual inglesa, de un significado bien preciso: el grupo de pioneros en la investigación histórica decimonona desde localización oxoniense, de insignes medievalistas anglicanos e historiadores político-constitucionales de Inglaterra, que integran tres hombres: William Stubbs, Edward A. Freeman y John Richard Green. (Para un análisis integral del movimiento, ver Gooch, G. P., «The Oxford School», *History and Historians in the Nineteenth Century*, Londres, Longman, 1913, pp. 340-358 [hay trad. esp.: México, 1942].)

William Stubbs (1825-1901), historiador y obispo de Oxford. Hijo de abogado. Educado en Christ Church, Oxford, donde cursa estudios clásicos y matemáticas. Fellow de Trinity College, Oxford (1849-1850). De orientación *high church* y sensibilidad política *tory*, es ordenado sacerdote anglicano en 1850. Vicario en Navestock, Essex (1850-1866). Bibliotecario del Palacio de Lambeth (1862-1868). *Regius Professor* de Historia Moderna en la Universidad de Oxford (1866-1884). Canónigo de la catedral de san Pablo de Londres (1879-1884). Obispo de Chester (1884-1889). Obispo de Oxford (1889-1901). Uno de los máximos responsables de la profesionalización de los estudios históricos en Inglaterra y difusor, en este mismo país, de las máximas metodológicas de la escuela alemana. Editor, entre 1863 y 1890, de *Rerum Britannicarum mediæ aevi scriptores* (253 vols., 1858-1911), monumental colección de materiales históricos medievales —más comúnmente conocida como *Rolls Series o Chronicles and Memorials of Great Britain and Ireland during the Middle Ages*— para la que prepara 19 volúmenes, algunos de los cuales vienen precedidos por memorables introducciones, póstumamente recopiladas: *Historical Introductions to the Rolls Series* (1902). En su Lección Inaugural de 1867 como *Regius Professor*,



defiende, ante su auditorio oxoniense, la especificidad de la historia moderna, posclásica, con respecto a la antigua, y rechaza la teoría de la unidad y continuidad de la historia asociada al nombre de Edward A. Freeman. En esta línea, impulsa la creación, en 1871, tres años antes de que se constituya el *History Tripos* en Cambridge (vid. *supra*, n. 8), del grado en Historia Moderna de la Universidad de Oxford. Autor de *Registrum Sacrum Anglicanum* (1858), *Select Charters and Other Illustrations of English Constitutional History* (1866), *The Constitutional History of England in Its Origin and Development* (3 vols., 1874-1878), *Seventeen Lectures on the Study of Mediaeval and Modern History and Kindred Subjects* (1886), etc.

Edward Augustus Freeman (1823-1892), historiador. Educado en Trinity College, Oxford. *Fellow* de Trinity College, Oxford (1845-1847). Seguidor, en su juventud, del Movimiento de Oxford, cuyos líderes, los académicos y clérigos John Henry Newman (1801-1890), Richard Hurrell Froude (1803-1836), John Keble (1792-1866) y Edward Pusey (1800-1882), pretendían el restablecimiento de aspectos litúrgicos, devocionales y doctrinales católicos en el seno de la iglesia anglicana frente a la pujanza de las corrientes evangélicas y ante el creciente número de conversiones a la fe católica (vid. *supra*, n. 23). Autor de gran erudición y sobremanera prolífico: *History of the Norman Conquest* (15 vols., 1867-1876), *Comparative Politics* (1873), *The Historical Geography of Europe* (2 vols., 1881), *The Reign of William Rufus and the Accession of Henry the First* (1882), *The History of Sicily from the Earliest Times* (4 vols., 1891-1894), etc. *Regius Professor* de Historia Moderna en la Universidad de Oxford (1884-1892), puesto docente en el que sucede a William Stubbs. Estudia la vida y obra del historiador griego Polibio (c. 200-118 a.C.) al tiempo que prepara una historia universal del federalismo, cuya primera entrega, la única que publica en vida, se centra en la acción del principio federal en la historia griega antigua: *History of Federal Government from the Foundation of the Achaian League to the Disruption of the United States*, vol. I (1863). En su memorable *Rede Lecture* sobre *La unidad de la historia* impartida en Cambridge en 1872, celebra las virtudes del método comparado, reprueba la erudición estrecha; critica, contra Stubbs, la división de la historia universal en historia ‘antigua’ y ‘moderna’, o bien en cualesquiera otros periodos cronológicos arbitrarios, y define la historiografía, que por definición sería política y constitucional, como ‘la ciencia del hombre en su carácter político’. Autor del celeberrimo *dictum* ‘*history is past politics and politics are present history*’. Como historiador de las instituciones, enfatiza las continuidades seculares. Fundamenta sus investigaciones en el cotejo de autoridades secundarias, como los historiadores y literatos de la Antigüedad, o los cronistas medievales, y en el análisis de las numerosas fuentes primarias ya entonces disponibles en versión impresa, desatendiendo conscientemente, por lo que toca a sus trabajos de historia medieval, las fuentes manuscritas de archivo todavía inéditas.

John Richard Green (1837-1883), historiador. Educado en Jesus College, Oxford. Ordenado sacerdote anglicano en 1860, abandona la vida clerical en 1869 en razón del empeoramiento de su salud y de su creciente distanciamiento con respecto a las doctrinas de la iglesia anglicana, entregándose plenamente a la investigación histórica, que ya venía cultivando a tiempo parcial. Autor de *A Short History of the English People* (1874), historia de ‘los incidentes de ese avance constitucional,

intelectual y social en los que leemos la historia de la nación en sí', ampliada posteriormente en una *Historia del pueblo inglés* en cuatro volúmenes (1877-1880); *The Making of England* (1882), y *The Conquest of England* (1883).

25. John Bagnell Bury (1861-1927), classicista e historiador de Bizancio (como historia del imperio romano oriental tardío). Hijo de clérigo anglicano. Educado en Trinity College, Dublin, donde cursa estudios clásicos y de filosofía moral y mental. *Fellow* de Trinity College, Dublin (1885-1902). Catedrático de Historia Moderna en Trinity College (1893-1902). *Regius Professor* de Historia Moderna en la Universidad de Cambridge (1902-1927). Lee, amén del latín, griego y las principales lenguas de discusión académica, en sánscrito, hebreo, siríaco, ruso y otras lenguas eslavas. Maestro de Steven Runciman (1903-2000). Inicia su carrera académica editando textos de autores clásicos como Píndaro o Eurípides. Al tiempo que prepara la primera versión de su *History of the Later Roman Empire* (2 vols., 1889), de Arcadio a Irene, publica trabajos de historiografía sobre los historiadores bizantinos Teofilacto Simocates (primera mitad del s. VII) y Miguel Psellos (1018-c. 1078). Editor de *La decadencia y caída del imperio romano* de Edward Gibbon (7 vols., 1896-1900). Autor de *A History of Greece to the Death of Alexander the Great* (1900), *The Ancient Greek Historians* (1909), *A History of Freedom of Thought* (1913), *The Idea of Progress: An Inquiry into Its Origin and Growth* (1920) [hay trad. esp.: Madrid, 1971], etc. Contra la tradición victoriana inglesa de historiografía encarnada en G. M. Trevelyan (1876-1962) (*vid. supra*, n. 18), defiende la fundamentación científica de la disciplina histórica con base en el análisis riguroso de las fuentes y en el empleo de un estilo desapasionado. Editor general de la primera edición de la *Cambridge Ancient History* (12 vols., 1923-1939). En 1930, tras su muerte, Harold Temperley (1879-1939) (*vid. supra*, n. 4) edita una recopilación de ensayos, lecciones y extractos de historias generales.

26. Sir George Otto Trevelyan (1838-1928), político liberal, historiador y biógrafo. Educado en Trinity College, Cambridge. Miembro de la Cámara de los Comunes por el Partido Liberal entre 1865 y 1897, cuando se retira de la política, con la salvedad del año 1886, en el que decide abandonar dicha formación parlamentaria en razón de sus desavenencias con el primer ministro William Gladstone (1809-1898) (*vid. supra*, n. 23) a propósito de la cuestión de la concesión de autonomía de gobierno (*Home Rule*) a Irlanda, no aprobada formalmente por el Parlamento británico hasta 1912, jamás implementada. Ocupa diversos puestos ejecutivos. Edita la correspondencia, y escribe la biografía, de su tío, el político *whig* e historiador Thomas Babington Macaulay (1800-1859): *Life and Letters of Lord Macaulay* (2 vols., 1876). Autor, asimismo, de *The American Revolution* (6 vols., 1899-1914) [hay trad. esp. de la edición abreviada de Richard B. Morris de 1964: Buenos Aires, 1968]. Padre del historiador George Macaulay Trevelyan (1876-1962) (*vid. supra*, n. 18).

27. En un *ritornello* de perfecta simetría, viniendo de 'nuestra herencia' (p. 294) y cerrando ahora con 'nuestra Universidad', este apunte de una *Historik* propia que es la lección inaugural cierra el ejercicio todo con un replanteamiento de auto-localización, volviendo al planteamiento de inicio (pp. 285-287). Para esta auto-localización de despedida, ahora, que es lo mentado con 'nuestra Universidad', no deja de proporcionarnos un resumen preciso, en tres líneas y media, de aquello de lo que se ha estado hablando, precisamente porque acechan posibilidades de

una anti-*Historik*: ‘perversiones de la historia’, se dice tres veces, con su secuela de exposición, ‘narrativas distorsionadas acerca del curso de los acontecimientos europeos en los cuatro últimos siglos’ —recuérdese, está en el telar su propia exposición narrativa de ese XV-XVIII que es la contribución propia a *The European Inheritance* (1954). Merece la pena reiterar esas tres líneas y media, en el inglés de la oración original, ya que se viene de la traducción: ‘*If historians do not investigate matters of general concern, false assumptions on their historical aspects pass unchallenged and in time are introduced into history with the prestige of some other study behind them.*’ No se puede situar mejor la función de la ‘historia política y constitucional’, lo que se alude como ‘*general concern*’, como dispositivo de garantía de la historia *general* ante las historias *especiales*, con su culto subrepticio al objeto propio. Como encarnación de esa historia *general* viene ahora el recordatorio de Acton —de nuevo—, de Bury, de los Trevelyan, recordatorio que se contrapuntea con el de la propia incorporación —1912, 1919, 1931...— al *entramado* de ‘nuestra Universidad’. A la *trama* de ‘nuestra herencia’. El asunto universitario es asunto de ‘predecesores’, es asunto de ‘sucesión’. La Universidad, tenemos entonces, se *hereda*, siempre que sepamos no sólo heredar, sino hacer *nuestra* la herencia. Adviértase que seguimos demarcando una *Historik*, bajo la apariencia de autobiografía y localización, porque lo que se está exponiendo es el alcance y la operación de lo que puede mentarse como *tradicción*.

Para este cierre ya no podemos recurrir a la ‘Introducción’ del libro de 1929/47, puesto que hemos agotado su texto en las notas anteriores. Pero sigue habiendo Clark con que glosar a Clark si traemos al caso la conclusión *material* de ese libro, de esas ‘lectures’ de 1929/1947 (Clark, *The Seventeenth Century*, pp. 361-363). Allí, mediante un guiño apenas velado a Ranke, se dice que se ha expuesto ‘*the seventeenth century as it really was*’ —‘*wie es eigentlich gewesen*’, rezaba, como se sabe, el *diktum* rankeano. Esto es, alturas, y bajuras —*the evil*— de la civilización correspondiente, no sólo las primeras. Y eso, haciéndose cargo para esa civilización así expuesta, de ‘*institutions and endeavours*’, instituciones y tentativas, compleción constitucional y juego político, podemos traducir. Instituciones y tentativas, ‘*old and new*’, que, encarnación de pensamiento y voluntad, no sólo correspondían ‘*to the exceptional strata of mankind*’, sino que ‘*[i]n their daily operation these institutions and endeavours all included renewal from below... There were great chances even for impostors and adventurers.*’ Alquimia civilizatoria ‘*enough to make it [el siglo XVII] one of the great ages of the world*’ —‘Edades del mundo’, otra cita encubierta, esta vez de Schelling.

Si volvemos desde ahí, este cierre, a nuestra lección inaugural, su cierre se comenta solo, y tiene forma de interrogante. Como apuntó, situándonos, esta edición en su planteamiento, ochenta años después: ¿es nuestra, y así de todos, nuestra Universidad? Una ‘Glosa final’ recapitula, todavía, en un único trazo, al respecto.

## GLOSA FINAL

La lección inaugural aquí vertida y traducida es, a primera vista, mucho más que un texto de circunstancias. De factura elegante, rica en matices, densa en lo concerniente al contenido, la alocución de G. N. Clark, en efecto, difícilmente se ajusta a la imagen convencional del panfleto de guerra que un intelectual orgánico escribe en lenguaje exaltado bajo el patrocinio de una autoridad civil en una ‘coyuntura trastornada y violenta’. Qué duda cabe, Clark se dirigía a su auditorio cantabrigense, a sus colegas y predecesores, a sus pares, mientras volvía la mirada nerviosamente hacia aguas litorales que pronto se teñirían de rojo. Aguas que, hágase ejercicio de memoria, en tiempos de Enrique II Plantagenet, tan distantes como familiares, si no inmediatos, a la altura de mayo del 44, en los albores de la invasión aliada de Normandía, por cuanto constitutivos no solo de sedimento jurídico y poso político-constitucional propios, sino también, sencillamente, crucialmente, de lengua vernácula propia, sirvieran de engarce natural entre dos territorios, periferia insular europeizada y centro continental noroccidental, constitutivos, entre 1066 y 1204 —en 1913, F. M. Powicke había publicado, en sede mancomuniana, bajo la inspiración, formativa, allí, en esa Universidad, de escuela histórica profesionalizante en el paso al siglo XX, de Thomas Frederick Tout, *The Loss of Normandy (1189-1204): Studies in the History of the Angevin Empire*—, del ‘oikouménè’ anglonormando, cuyos límites, ahora, con fecha 16 de mayo de 1944, las fuerzas aliadas perfilaban desde sede insular inglesa igualmente europeizada, por la fuerza de los hechos, bajo el peso de las bombas alemanas de 1940. El lago anglonormando, al igual que su contrapunto mediterráneo, en manos de Pirenne, en la época de Mahoma y Carlomagno, se había cerrado, una vez más, al tráfico lingüístico y el trasiego naval. El círculo cultural del Canal de la Mancha había de recomponerse, nuevamente, en la estela, quizá, de la repristinación constitucional y alianza marítimo-terrestre —Carl Schmitt venía de dar a la imprenta, en 1942, *Land und Meer*, ‘una reflexión sobre la historia universal’— de 1688-9/1701.

Mas, debemos asegurarnos primero de que no exigimos a un *Regius Professor* menos de lo que en justicia cabe esperarse de él. La lección de Clark, como el lector podrá descubrir enseguida por sí mismo, no es una hoja volante al uso. Los modernos modos de quehacer historiográfico, en las dos últimas centurias, han variado según país, institución y magisterio. Análogamente, pero en otro registro, nacional-romántico, en el prefacio a la tercera edición de su *Weltbürgertum und Nationalstaat*, firmado en Berlín el 19 de marzo de 1915, el historiador del historicismo, Friedrich Meinecke, había invocado el auxilio de los ‘nobles espíritus del pasado’ que velaban, en aquella especialísima ocasión, por el pueblo alemán en su esfuerzo castrense, bendiciéndolo. Ya sabemos que *Erudición histórica y pensamiento histórico* es un ejercicio universitario. Preguntémonos ahora acerca del modo en que la lección de Clark se puso al servicio de la nación en guerra, ante la renovada liberación, allende el Canal, de las fuerzas que el siglo XIX sintetizara: en aquel ‘contexto’.

Paradójicamente, el problema central que nos ocupa viene dado por el hecho de que se trata, en efecto, contra todo pronóstico, de un panfleto: la lección inaugural de Clark funciona a modo de contribución adicional al esfuerzo civil y militar de

guerra británico. En un intento de galvanizar los ánimos y animar los corazones de sus iguales, los profesores de Historia de la Universidad de Cambridge, miembros de pleno derecho de la aristocracia intelectual inglesa, Clark refiere los servicios prestados por el cuerpo profesional de investigadores históricos en labores de información y propaganda —con especial mención de la edición de materiales históricos y la composición de ‘historias oficiales’ de transacciones diplomáticas recientes—, si bien atribuye mayor importancia a las funciones desempeñadas por ‘los muchos cientos de hombres y mujeres que se muestran capaces de servir tanto mejor en múltiples esferas y a todos los niveles en virtud de la educación liberal de la que son vehículo los estudios históricos’. Clark, aunando su voz a la del filósofo Michael Oakeshott, reivindica ese *liberal learning* que no se deja reducir a esquemas de optimización económicos, como tampoco a procesos de reforma y reestructuración impulsados por autoridades insensibles; que se identifica, antes bien, con el legado vivo de la tradición europea: el *curriculum* medieval, las Artes, las universidades ancestrales, el sistema colegial, la educación para la responsabilidad y la acción pública; la herencia grecorromana; el espíritu dignificador del cristianismo; la reunión de profesores y alumnos en torno de una biblioteca, física y virtual, canónica; el diálogo incesante con, y respeto reverencial hacia, los clásicos en todas las matrices disciplinares; la atención privilegiada a la textualidad. Mención aparte le merece a Clark la necesidad de trabazón de las líneas docentes en la investigación y de las líneas investigadoras en la docencia, como también la asunción osmótica de formas de mirar y trabajar que resultan de la decantación de la experiencia secular acumulada de las generaciones pasadas de estudiosos:

‘En [la investigación y la docencia] hemos de ser al mismo tiempo eruditos y pensadores, y en ambos caracteres las universidades nos facilitan el utillaje y, lo que es más importante todavía, la sociedad que necesitamos. Somos miembros de *studia generalia*, las únicas instituciones en las que todas las facultades resultan siempre accesibles y el pensamiento universal cuenta con intérpretes. Nos familiarizamos con los estándares de aprendizaje que se han transmitido de mano en mano no solo mediante discursos formalizados, sino también por medio de la rutina cotidiana y la conversación informal de los siglos.’

Por otra parte, Clark se adentra, como simultáneamente lo hacía Herbert Butterfield en *The Englishman and his History* (1944), en el nebuloso terreno del análisis de la conciencia histórica, inglesa por más señas: esfera tan infra-filosófica y preter-conceptual como decididamente alejada del ámbito preciosista de la erudición o *scholarship*. Se trata, en esta línea, de un espacio medianero entre la idea histórica y la forma que la encierra: de un repertorio mental de imágenes y recuerdos heredados que brinda a los integrantes de una comunidad humana con estructuras a cuyo través ordenar las percepciones sensoriales que el hombre no puede sino recibir atropelladamente en el mundo sometido a la hiriente disciplina del tiempo:

‘De la misma manera que los continentes distantes se han cernido sobre nuestra isla, así también los siglos se han cernido sobre ella.’



‘Inglaterra difícilmente hubiese podido conservar su heroísmo y su habilidad para la llevanza de los asuntos públicos [*statesmanship*] si no hubiera recordado su poesía; y tal vez podamos mostrarnos agradecidos de que, al margen de tiempos en sí tempestuosos, tengamos grandes historiadores a cuyo través hacer volver nuestras mentes hacia nuestra herencia.’

*Erudición histórica y pensamiento histórico* pertenece a una atmósfera de guerra de una tercera manera, más medular si cabe, sin duda más espectacular, puesta de manifiesto en páginas catárticas —las páginas 290-293 de la presente traducción— que siguen a un arranque prosaico aparentemente poco prometedor, centrado en torno a los lugares que durante la guerra están ocupando aquellas personas que en el Reino Unido han recibido una formación histórica, así como en la naturaleza de dicha formación en Cambridge, y que preceden a una resolución final atemperada —páginas 293-296 de la presente traducción— en términos de *tradition* y *experience*, vivificada mediante la inclusión de nombres propios que son en sí piezas irremplazables del convoy alineado: G. M. Trevelyan, Lord Acton, John B. Bury. En el centro de la lección, conforme al mentado procedimiento narrativo y dispositivo retórico, de menos a más, para rebajar nuevamente la tensión al final, Clark viene a instar a los historiadores británicos a arrimar el hombro con historias generales que se vertebran en torno a la historia política y constitucional, que es la que tiene que ver con las instituciones públicas, ‘donde los hombres expresan su voluntad de controlar los acontecimientos’. Apela Clark, a tal efecto, a las autoridades de F. W. Maitland, ‘un historiador de las instituciones, incluso de su aspecto estrictamente jurídico’, y de Luciano de Samósata, quien, con Johann Gustav Droysen, pionero en el estudio del mundo helenístico que el satírico sirio hubo de conocer en su periclitada versión tardía, reduce las facultades del historiador ejemplar a comprensión de la política y fuerza interpretativa, hermenéutica histórica. Concurren en auxilio de Clark, recortándose sobre verdes lomas —acaso el dicho Meinecke aprobase la figuración épica—, los espíritus de los sucesivos jalones de la tradición europea de historia política y constitucional; tradición cuya génesis y desarrollo germánicos, desde el *Osnabrück* de Justus Möser hasta el punto de fuga que representa la obra del medievalista austríaco Otto Brunner, el jurista Ernst-Wolfgang Boeckenfoerde delineó en 1961 en tesis doctoral de historia de la historiografía que, sintomáticamente —atiéndose a la fecha de publicación—, no ha sido vertida todavía en lengua inglesa ni castellana, sí en el perfecto italiano de Pierangelo Schiera, hace más de medio siglo. Un género historiográfico, en fin, que Georg Waitz denominase *Verfassungsgeschichte*; William Stubbs, *constitutional history*, y, nuestro Luis García de Valdeavellano, a la sombra de Georg von Below, en la primera página de su señero *Curso de historia de las instituciones españolas* (1968) —arrojado después al vacío, y no precisamente dada su quizá precaria fundamentación jurídica, a la vista de *Land und Herrschaft* (1939), sino habida cuenta de la pujanza de ‘tendencias historiográficas actuales’ y ‘giros’—, *historia constitucional*. De *historia y política* iba, en suma, el asunto, como tan certeramente evocase Luis Díez del Corral en 1956, con ocasión de la publicación de su memorable compilación de ensayos europeos, así titulada.

Clark decantaba, en su lección inaugural, los principios de concepción y método historiográficos que, sin nominar, habían articulado las lecciones de Historia Moderna publicadas en 1929 como *The Seventeenth Century*, historia total cuya

diversidad temática no puede sino enfatizar la centralidad retórica, e incluso dispositiva, fáctica, de los capítulos consagrados a ‘política e ideas económicas’, ‘historia constitucional comparada’, ‘ejércitos, ‘armadas’, ‘derecho internacional y diplomacia’, ‘fronteras’, ‘los intereses de los estados’, ‘relaciones con Asia por tierra’, ‘colonias’, ‘pensamiento político’. Todas esas cosas podía ser la historia política a la altura de 1929, grotescamente reducida, conforme a la coquetería y fatuidad lumínica del debate abierto, entonces, sin salir de 1929, desde instancias parisinas, en historia de hombres fuertes prescindibles. Lecciones, elecciones, mas nunca bayonetas: no podrá jamás localizar el lector interesado ni una sola página escrita por Clark que esté dedicada a la polémica historiográfica, pero sí volúmenes enteros enderezados al engarce cuidadoso, matizado, respetuoso y crítico con la tradición, empezando por la propia. Lecciones y elecciones, decíamos. Y lecciones de nervatura político-constitucional que, en razón de su naturaleza, cabía ponerse a reeditar como parte del esfuerzo de guerra, en gesto análogo al de un *Regius Professor* que, al tiempo que anima, en su lección inaugural, *Erudición histórica y pensamiento histórico*, a la expansión cronológica y geográfica del *syllabus* cantabrigense, advierte que ‘los historiadores se equivocarían si intentasen resolver la historia política y constitucional en otros elementos’. Y vuelta de tuerca: ‘[La] historia de las instituciones debe ser central en algún sentido’.

